



PERIÓDICO DE LITERATURA, CIENCIAS, ARTES, MODAS, ETC.

PRECIOS DE SUSCRICION					Madrid 4 de Febrero de 1874		PRECIOS DE SUSCRICION			
	MADRID	PROVINCIAS	PORTUGAL	EXTRAN- JERO	DIRECTORES		CUBA Y PUERTO-RICO	FILIPINAS	AMERICAS NO ESPAÑOLAS	
Un año.....	85 ps.	98 ps.	8,000 rs.	80 frs.	LITERARIO.....	D. CAYETANO ROSELL.	14 ps. fs.	17 ps. fs.	15 ps. fs.	
Seis meses.....	48 "	55 "	4,500 "	45 "	ARTÍSTICOS.....	D. Francisco Sans.	7,50 "	9 "	8 "	
Tres meses.....	25 "	28 "	2,500 "	25 "	DE MÚSICA.....	D. Carlos Capíz.	4 "	5 "	4,50 "	
En mes.....	3,70 "	4 "	800 "	3 "	DE MODAS.....	D. Francisco A. Barbieri.				
						Sra. Baronesa de Wilson.				

Año I Fundadores propietarios: BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA de Astort hermanos Núm. 5

## IMPORTANTE

Deseando corresponder al favor del público y hacer de nuestro periódico una publicación notable, no sólo por su mérito artístico y literario, sino también por su novedad, nos proponemos dar LA ILUSTRACION UNIVERSAL tirada á dos tintas tan luego como hayamos logrado vencer las dificultades de maquinaria y organizacion inherentes á toda empresa nueva.

## ÍNDICE

TEXTO.—CRÓNICA EXTRANJERA, por don Eduardo de Mier.—IDEM INTERIOR, por don Antonio Alcalá Galiano.—LA GUERRA CIVIL, por don Antonio Pirala.—República cordobesa-gótica, por don Antonio Benavides.—Grabados de este número.—El Manco de Lepanto, episodio de la vida de Miguel de Cervantes Saavedra (continuacion), por don Manuel Fernandez y Gonzalez.—No hay fortuna, por don Eduardo Zamora y Caballero.—Fosforescencia del mar, por don Angel Avilés.—CRÓNICA TEATRAL, por don Rafael de Nieva.—Poesía: La gran noche lúgubre, elegía, por don Ramon de Campoamor.—Modas: CRÓNICA SEMANAL, por la Baronesa de Wilson.—EXPLICACION DE LOS FIGURINES.

GRABADOS.—Sucesos de Sarriá: Defensa de una barricada.—Sarriá: Episodios del 8 de Enero.—Cartagena: Aspecto de la poblacion.—Los individuos del Poder Ejecutivo de la República.—Una calle de Avila.—La fragata Numancia de regreso á Cartagena, convoyada por la Victoria y la Carmen.—Savills y su gente.—La tumba de Washington.—Figurines.

## CRÓNICA EXTRANJERA

Aprobado en Francia el proyecto de ley sobre los *maires*, piedra de escándalo en la reciente política de la república vecina, han descansado algun tanto los ánimos de las penosas emociones que el temor habia suscitado en unos, en contraposicion de la esperanza de otros. Sin embargo, esta ley en sí,



SUCESOS DE SARRIÁ: DEFENSA DE UNA BARRICADA



de breve articulo, no es una ley perpétua y definitiva, puesto que sólo ha de regir hasta que se vote la orgánica municipal, obligándose el Gobierno, si alguna de las comisiones de la Asamblea no lo hace, á presentarla dentro del plazo de dos meses. Y justamente en este carácter transitorio que la distingue, y en el empeño mostrado por el Ministerio en su aprobacion, es en donde se encuentra su verdadera importancia, porque da á entender á los suspicaces, numerosos siempre en los partidos de oposicion, que alguna causa muy poderosa ha de influir en el Gobierno, cuando manifiesta tanto interés en disponer á su arbitrio del nombramiento de un verdadero ejército de magistrados municipales, ya directamente, ya por medio de los prefectos. Y esa desconfianza, hasta cierto punto justificada, ha tomado mayores proporciones, sobre todo entre los legitimistas de la derecha, al observar que el duque de Broglie, tan ingenioso en aparecer mudo, hablando sin tasa en el seno de las comisiones y de la Asamblea, siempre que se le provocaba á explicarse sobre el carácter y tendencias de la prorogacion por siete años de los poderes conferidos al mariscal Mac-Mahon, ántes de votarse la ley sobre los *maires*, ha cambiado de sistema en cuanto se aprobó aquella, y en una circular dirigida á los prefectos declara ya terminantemente que la prorogacion ha de considerarse, por espacio de los siete años, fuera del alcance de toda disputa y de toda contestacion. Por lo demás, no vayan á creer los lectores que, á pesar del estado excepcional de la vecina república después de su guerra con Prusia, es allí todo patriotismo y todo abnegacion, puesto que al recorrer las actas de las sesiones de la Asamblea y de las comisiones especiales, se observa con amargura que el espíritu de partido y las personalidades, como sucede y ha sucedido en otras partes, se sobreponen, con harta y dolorosa frecuencia, al deseo de fomentar el bien del país.

Estas contrariedades y disensiones intestinas, siempre lamentables, suelen complicarse á veces, como ahora, con otras exteriores, no tan graves por la importancia real que en sí tengan, cuanto por la profunda herida que abren en el corazón de todos los franceses. La *Gaceta de la Alemania del Norte*, sin tener acaso en cuenta que la generosidad y la grandeza de alma son las cualidades que más realzan á los vencedores, y llena de ira al notar que las persecuciones sufridas por el clero católico prusiano despertaban naturales simpatías en el clero y en el pueblo francés, publicó un artículo, violento en el fondo, aunque mesurado en la forma, y lleno de amenazas y de reconvenciones, para llamar al orden al pueblo, al clero y al mismo Gobierno francés. Este, por conducto del duque de Decazes, se apresuró á hacer un alarde de sus intenciones pacíficas, y el periódico alemán, cambiando de tono, ha mostrado á su vez que agradece la condescendencia de sus vecinos. Hay, pues, que apurar todavía hasta las heces la copa de hiel; que las culpas en los descuidos de la vanidad, así en las naciones como en los individuos, se expian frecuentemente con más severo rigor que otras faltas, y hasta se consideran como graves delitos.

Después de esto, será fácil de comprender la intensa fruicion, el vivísimo placer que han sentido los franceses al saber el tropiezo experimentado por Bismark en el Parlamento alemán.

La orden del día de esta Asamblea (16 de Enero) era la interpelacion de M. Wiesenbach, diputado del centro, acerca del voto de los maestros de escuela en las últimas elecciones de la Dieta prusiana. En el curso del debate, M. de Mallinckrodt, diputado tambien del centro, declaró que los ultramontanos eran tan buenos patriotas como el mismo principe de Bismark. Después exclamó en medio de un espantoso tumulto:

«¿Habeis asistido á la conferencia del principe de Bismark y del general Govone, en la cual se trataba de la cesion del territorio situado en la orilla derecha del Rhin? Yo no he asistido tampoco á ella; pero he encontrado la confirmacion de este aserto en una fuente digna de fe.»

Cuando discutia después la Asamblea el proyecto de ley sobre el matrimonio civil, entró en el salon de sesiones el principe de Bismark, y pidió la palabra para una alusion personal. Habiéndosele concedido, declaró que lo dicho por el diputado Mallinckrodt era una mentira imprudente, proferida con intencion perversa y calumniosa.

«Nunca he hablado una palabra de esto, añadió; nunca he hablado de la cesion de una sola aldea, ó de un sólo campo de trébol de Alemania. No hay en todo esto sino una mentira desvergonzada para denigrar mi perso-

na (*Aplausos ruidosos*). No pretendo que un adversario tenga conmigo consideraciones particulares; pero sí puedo pretender que se trate más cortésmente á la autoridad suprema del país delante de los extranjeros (*Aplausos ruidosos*).»

Respondiendo más tarde á otra declaracion hecha el día anterior por el diputado del centro M. Schorlemer-Alst, que le acusaba de seguir una política revolucionaria, aludiendo á la legion húngara formada en 1866, el principe de Bismark afirmó que en tiempo de guerra son buenos todos los medios de defensa, y que después de Sadowa y de la inmixtion de Napoleon III en los asuntos exteriores, no se debía rehusar ningun auxilio. Terminó diciendo que en esto no habia nada de revolucionario.

M. Windshorst, diputado del centro, protestó contra la contestacion dada por el principe de Bismark á una opinion emitida en la sesion del día anterior. Esta protesta fué rechazada en medio de los aplausos ruidosos de la Asamblea, por el diputado liberal nacional M. Lasker, quien aseguró que el ministro que era acusado del terrible cargo de alta traicion, y no dejaba transcurrir una sola hora sin probar á su país y al extranjero que esta acusacion era una mentira odiosa, no merecia ninguna censura, sino al contrario, la gratitud de su patria.

M. de Mallinckrodt declaró entonces que lo asegurado por él poco ántes constaba en el libro publicado por el general Lamármora. Las personas que figuran en este libro han contado sucesos en los cuales han intervenido ellas mismas. Los asertos que contiene tampoco han sido hasta ahora refutados, por cuya razon el orador ha dado crédito á los hechos citados en él. Sin embargo, en vista de las declaraciones del presidente del Consejo de ministros, no sostenia su verdad, haciendo recaer todo el peso de la palabra *mentira*, empleada por el principe de Bismark, sobre el general Lamármora, presidente del Consejo de ministros de Italia.

El principe de Bismark replicó que el preopinante habia incurrido en un error, puesto que Lamármora no es presidente del Consejo de ministros, ni general en Italia. Añadió que se tomarian medidas judiciales para reprimir atentados análogos á los de Lamármora, sobre cuya persona podria él hacer revelaciones mucho más importantes que las que Lamármora podria hacer sobre él. Dijo después que era un hecho característico el ver que M. de Mallinckrodt daba más crédito al testimonio de Lamármora que al suyo. «Para refutar todo lo que mis enemigos escriben contra mí, prosiguió, seria menester la vida entera de un hombre. Tengo el derecho de afirmar que soy, y lo digo con orgullo, el mortal más afortunado y el más odiado de todos los pueblos de Europa.»

Para completar este cuadro, y que los lectores formen por sí mismos su opinion, añadiremos que la alusion hecha por M. de Mallinckrodt está fundada en un despacho dirigido el 3 de Junio de 1866 por el general Govone al general Lamármora, presidente en aquella época del Consejo de ministros de Italia. En este tiempo infundia Napoleon III en Berlin no escasa inquietud y zozobra.

«Yo hubiera deseado, decia Bismark al general Govone, conferenciar en persona con el emperador para saber cuál es el *maximum* de las concesiones que en su opinion hemos de hacer á Francia.»

«Yo le pregunté entonces, continúa Govone, si más allá del Rhin no habia país alguno en el cual pudiera lograrse un voto de anexion á Francia.»

Bismark respondió: «Ninguno: los agentes franceses que han recorrido el país lo declaran así; nadie es afecto á ese gobierno; pero todos quieren seguir siendo alemanes. Lo que se podria hacer es indemnizar á Francia.»

«Yo repliqué que esto era muy difícil; pero que si se podia hacer valer la voluntad popular, se podria tambien apelar á algun otro principio; por ejemplo, al de las fronteras naturales. Añadí que no deseaba aludir con estas palabras á toda la orilla derecha del Rhin, pero que se encontraria acaso otra línea geográfica que contentase á Francia.»

«Sí, el Mosela, repuso Bismark.» «Yo soy más prusiano que alemán, y no tendria inconveniente en suscribir la cesion á Francia de todo el país comprendido entre el Rhin y el Mosela, el Palatinado, Oldemburgo, etc...» «Pero el rey tendria sus escrúpulos, y no pequeños, y no se decidiria á hacerlo sino en momentos supremos, en los que se tratase de ganarlo todo ó de perderlo todo.»

Adviértase, por último, para no hablar más de este especial incidente parlamentario, que el general Govone, ya difunto, tuvo siempre la reputacion de hombre íntegro

é inteligente, y que *Lamármora*, sobre cuya conducta al publicar esos despachos se puede decir algo, porque en realidad son documentos pertenecientes al Estado, es hombre completamente incapaz de haber alterado en lo más mínimo su texto genuino. No queda, pues, otro recurso al principe de Bismark para salir de este grave atolladero, que acaso en su país pudiera comprometer algun tanto su popularidad, que demostrar á toda Europa, cuya atencion se ha fijado con interés en este curioso asunto, que los despachos copiados en el libro de *Lamármora* son apócrifos, ó que están falsificados ó mutilados, para lo cual seria necesario confrontarlos con los originales que deben existir en los archivos del Gobierno italiano. El tiempo nos sacará pronto de dudas.

Hemos creído conveniente extendernos sobre este singular é inesperado período de la vida política del célebre ministro del emperador de Prusia, en parte porque es tan entretenido como curioso, y en parte tambien, porque no habiendo ocurrido en otras naciones sucesos de gran importancia que merezcan ser sabidos de los lectores, nos agradecerán acaso conocer este en todos sus detalles.

EDUARDO DE MIER.

## CRÓNICA INTERIOR

Siempre se ha dicho, y con razon, que los sucesos en España no se desenvuelven de una manera lógica, y con arreglo á los antecedentes que debieran tenerse en cuenta. Esto, que es aquí siempre una verdad, resulta aún más cierto cuando se trata de acontecimientos políticos. Las diferentes y graves cuestiones que, segun apuntamos en nuestro número anterior, iban á tratarse en Consejo de ministros, y se suponía que habian de ofrecer grandes dificultades, se han resuelto, segun dicen, de un modo fácil, y sin que surja, principalmente en la cuestion de principios, la más leve disidencia en el seno del gabinete.

\* \*

Tres eran los asuntos importantes que debian acordarse en Consejo, y los tres se han tratado ya y han pasado á la categoría de hechos consumados.

El *Memorandum* que el señor ministro de Estado ha dirigido á los representantes de España en países extranjeros, para que expliquen á aquellos gobiernos las causas que han traído á nuestro país á la situacion presente, y las ideas y propósitos del nuevo Poder Ejecutivo de la República, y cuyo texto se creia que seria objeto de importantes discusiones en el Consejo, porque el tinte conservador que en él domina no podria ser del agrado de todos los individuos del gabinete, y principalmente de los procedentes del bando radical, ha sido, sin embargo, aprobado con una simple lectura, sin introducir en él la menor modificacion, y deseando que constase que lo habia sido por unanimidad el mismo caracterizado político á quien se habia supuesto el mayor adversario de ciertas tendencias.

El documento en cuestion es, como siempre, objeto de juicios entre sí bien diversos y apartados. En la cuestion de fondo ha sido aprobado por todas las fracciones políticas que se llaman conservadoras, sea cual fuere el ideal con el cual se proponen realizar sus principios, y censurado, como es natural, aún cuando dentro de los límites de la oposicion anodina que las circunstancias permiten, por los antiguos republicanos de diversos matices. En la forma, el *Memorandum* ha sido del agrado de los que juzgan muy diplomática la exposicion confusa de ideas vagas, en un lenguaje rebuscado, aunque no siempre correcto, al paso que algunos practicones del oficio han creído que las cualidades que resplandecen en el escrito, cuya redaccion se atribuye generalmente al secretario general de Estado señor Gullon, no le recomiendan, sin embargo, como modelo del género, ni su contenido será fácilmente inteligible para los gobiernos extranjeros, poco al tanto de las menudencias de nuestra política, y que hubieran deseado una exposicion más clara y precisa, en vez de los circunloquios y de las retencencias que embellecen aquel afiligranado trabajo de retórica.

Los nombramientos de gobernadores están en su mayoría acordados: entre los cuarenta y tantos, hay muchos de que puede el país esperar grandes cosas; porque siendo personas muy apreciables, pero completamente desconocidas, ¿quién sabe si saldrán unos grandes funcionarios administrativos? Sea de ello lo que fuere, se ha resuelto ya al parecer una de las cuestiones más difíciles para el actual Gobierno, porque en ella la lucha de las influencias



políticas y el asedio de las pretensiones individuales constituían una serie de obstáculos de diversa índole. Pero si los ministros han podido zanjar sus diferencias en esta cuestión, varios de los hombres importantes que prestan su apoyo a la actual situación política se muestran agraviados por el desaire que se les ha inferido no nombrando a sus recomendados en las provincias donde ejercen su influencia.

Los nombramientos para el Consejo de Estado, que se asegura están ya acordados, producirán también vivo disgusto entre los pretendientes más o menos declarados que se hallaban dispuestos a sacrificarse por el bien de la República y no han obtenido colocación en aquel alto Cuerpo.

\*  
\* \*

La evolución en sentido conservador que el tono del *Memorandum* revela, ha apartado del actual Gobierno a la fracción republicana que sostuvo en la anterior Asamblea la política del señor Castelar, la cual pasa, según nuestras noticias, de la actitud expectante y benévola que hasta ahora había adoptado, a declarar francamente la guerra al nuevo Poder Ejecutivo; y al efecto, publicará en breve un manifiesto firmado por los ex-diputados de dicha procedencia.

No sabemos si este documento llegará a ver la luz pública en la prensa diaria, y caso de que así suceda, pasará sin menoscabo de los intereses de quien lo publique; porque cuando no ha podido insertarse en ningún periódico la última parte de la sesión del 3 de Enero, que es un documento oficial, y han sido multados los que publicaron la alocución del general Martínez Campos al dejar su mando en Cataluña; cuando hasta las noticias de *La Correspondencia* se consideran peligrosas, no es fácil calcular si éste, como algún otro documento de índole política, de cuya existencia se habla, lograrán la publicidad a que aspiran.

\*  
\* \*

La celebración de un contrato provisional entre el ministro de Hacienda y el Sr. Susini para elaborar con unas máquinas de su invención los cigarrillos de papel que expende el Estado, mediante ciertas ventajas que el contratista le asegura, ha sido causa de desórdenes entre las operarias de la Fábrica de tabacos de esta capital. El señor Albareda, demostrando en esta ocasión especial tacto, ha logrado restablecer prontamente el orden; empresa a la verdad no fácil con las que al fin y al cabo, por ser mujeres, no podían usarse ciertos procedimientos violentos, y reclamaban contra una medida encaminada, según ellas creían, a disminuir el trabajo manual a que se hallan dedicadas, y aún suprimir por completo con las máquinas el de la elaboración de los cigarros de papel.

\*  
\* \*

La alocución del general Martínez Campos, y no sabemos si algún otro documento suyo, han motivado su detención y arresto en las prisiones militares de San Francisco, pasando desde allí con segura custodia de la Guardia civil a las islas Baleares, punto de residencia que se le ha fijado por el Gobierno.

\*  
\* \*

Los documentos relativos a la cuestión del *Virginian* que se han publicado en Washington, se prestan a tristes consideraciones. La intemperancia y la falsedad que revelan por parte de los diplomáticos americanos, contrastan con la cándida inexperiencia, el aturrido apresuramiento y la debilidad de propósitos de los nuestros.

\*  
\* \*

Otro ferro-carril interceptado va aumentando el aislamiento, o por lo menos lo difícil y azaroso de las comunicaciones entre Madrid y los puntos extremos de la Península, y por consiguiente del extranjero. El Feo Carriño ha cortado un puente de la línea de Ciudad-Real, y con esto, la línea del Norte interrumpida, la de Santander en igual, aunque momentánea situación, la de Andalucía expuesta a frecuentes detenciones de trenes por los bandidos, y todas las demás de España amenazadas por las facciones carlistas; el viajar por nuestro país ha venido a ser tan propenso a aventuras variadas como poco agradables para los que no consideran ciertos contratiempos sino bajo un punto de vista positivo y prosaico.

\*  
\* \*

Después de la toma de Portugalete, los carlistas se han dedicado, según parece, a estrechar el sitio de Bilbao, que necesita ser socorrida por el ejército del Norte en el plazo

más breve posible. Pero los sucesos de la *Guerra Civil* y las reflexiones a que dan margen, corren a cargo de otra pluma: no entremos en su terreno. Pero deseamos al general en jefe de aquel ejército, como es seguro que él mismo deseará, que en esta ocasión sus marchas y sus victorias den al fin y a la postre como resultado definitivo otros frutos que los que hasta ahora se han alcanzado en aquella guerra.

ANTONIO ALCALÁ GALIANO.

## LA GUERRA CIVIL

### I

Al comenzar este artículo, séanos permitido consagrar un tributo de consideración y respeto, tanto más de apreciar en nosotros, siempre liberales, a la que fué princesa de la Beira, doña María Teresa de Braganza y Borbon, esposa de don Carlos, que acaba de fallecer en Trieste, a los 80 años de edad, titulándose condesa de Molina. Supimos su muerte por el telégrafo; pero hemos esperado a verla confirmada. Es un personaje histórico, y merece un recuerdo.

Hija de don Juan VI de Portugal, hermana de don Miguel, viuda del infante don Pedro, madre del actual infante don Sebastian y sobrina de don Carlos, con quien casó en 1838 por poderes, el 2 de Febrero, en Salzburgo, ratificándose el matrimonio el 20 de Octubre en Azpeitia, primero en el alojamiento de don Carlos y seguidamente en la iglesia parroquial de la villa, deja notables páginas de su historia, y no es de las más insignificantes su viaje desde Salzburgo a Navarra, acompañada del que fué conde de Montemolin, de la señorita de Arce y del conde de Custine, uno de esos realistas de corazón, tipo de los caballeros antiguos, que no tenía otro lema social y político que Dios y el rey.

Después de un viaje tan interesante como romántico, entró en España por Elizondo, y siguió por Tolosa a Azpeitia, donde se celebró un enlace considerado por Arias Teijeiro, ministro a la sazón de Estado, «como el último golpe que recibía la revolución, ya próxima a sucumbir;» pero la opinión general, entre los mismos carlistas, fué de admiración, desconsiderando a don Carlos por las ningunas ventajas que de aquel matrimonio reportaba su causa. Las gentes sencillas y los aldeanos extrañaron que un príncipe tan religioso tomase por mujer una hermana, y lo censuraron, conociendo sus desventajas, porque se experimentó en breve la falta de dinero que debía producir este suceso, cuando nada había adelantado la guerra; otros preguntaban el dinero y ejércitos que llevaba la nueva reina, y todos mostraban su disgusto.

Y aquel matrimonio, considerado como un incidente de la magnífica epopeya que nos ofrece la guerra civil, vivía pobremente, según su clase, y lleno de privaciones. Don Carlos sabía sufrir, y su nueva esposa poseía demasiada ilustración y buen juicio para que no supiera acomodarse a las circunstancias; y en no pocas ocasiones contribuyó con su buen tacto y exquisito talento a soluciones convenientes y acertadas, teniendo mucho que agradecer los carlistas a aquella ilustre señora, que tan altas prendas atesoraba, y que ha vivido en el retiro de la virtud y de la santidad rodeada de sus más constantes y fieles servidores, los señores Carmona y Sacanell, puros, honrados e ilustrados carlistas, a quienes es debido este tributo de justicia.

### II

Y ya que evocamos sucesos que a la historia pertenecen, no dejaremos de insinuar, como de paso, que a la historia debieran corresponder también las divisiones en el partido carlista, el cual no ha aprendido en ella, sin embargo, pues se ve atormentado por los mismos elementos disolventes que causaron su anterior desastre. En lucha los antiguos y nuevos partidarios de aquella causa, no era Elío seguramente el llamado a dirigir a aquellos. Por carácter y por costumbre, no es hombre azeado a las luchas políticas, y ha sido fácilmente vencido, reemplazándole en el cargo de dirigir el departamento de la Guerra don Antonio Dorregaray, que se ha presentado a sus amigos con la fácil aureola de conquistador de Portugalete, cuya valerosa guarnición, aislada y entregada a sus solas fuerzas, se vió en la ineludible y dura precisión de capitular honrosamente, pues le faltó el único auxilio que podía recibir por mar. Lo mismo sucedió a la guarnición del Desierto, sin objeto desde el momento en que fué obstaculada la navegación por la ría de Bilbao.

Los nuevos elementos del carlismo triunfan ahora en

Madrid sus filas; pero como son justamente los que menos popularidad tienen, el disgusto es creciente, no le impedirán las ventajas que puedan obtener los que hoy más dominan, y cualquier hecho de armas desgraciado, que es casi seguro, ahondará más la sima que a unos y otros divide, se aumentará el rencor y la saña que se tienen, y las explosiones serán tan terribles como lo fueron en la pasada lucha de los siete años.

Ahora mismo la prisión de Villalain por Marco ha sido origen de serios disgustos y graves desavenencias, y la derrota que este caudillo acaba de experimentar en Checa ha roto el dique a la murmuración; y al desastre material, hay que unir el moral que corroe las entrañas del carlismo. Sólo hacemos historia.

### III

El general Moriones indicó ya su movimiento, reforzado su ejército, que arde en deseos de pelear, y teniendo poderosa artillería. Marchó a Vitoria, como se ha anunciado, y esta ciudad será la base de sus operaciones, cual lo fué por mucho tiempo de don Luis Fernández de Córdoba. Es excelente la posición, por desembarazada, y porque lo mismo puede dirigirse a la Rioja por Peñacerrada y La Guardia, que a Navarra por Salvatierra y Valle de la Borunda, que a Guipúzcoa por Arlaban, o a penetrar en Vizcaya por los caminos que a elección se le presenten, y eligirá el que más le convenga.

Témelo ya los carlistas, y según ha anunciado la *Gaceta*, han tomado posiciones en tres de los caminos: en el que por el puerto de San Antonio de Urquiola va a Durango; en el que es más bien camino carretero que calzada, que desde Villareal de Alava se dirige a Dima, y en el que aún más a la izquierda baja a Ceanuri y siguiendo por el pintoresco y estrecho valle de Arratia, regado por el turbulento río del mismo nombre, se une primero al camino de Dima, y luego más adelante al de Durango por Zornoza, para formar un sólo ramal hasta Bilbao.

En todos estos puntos hay excelentes posiciones, que pueden defender los carlistas; pero en todas han sido tantas veces vencidos, especialmente por Espartero siendo comandante general de Vizcaya, que tal actividad empleó, que apenas había día que no hubiese un combate, y rudos los hubo en Arrigorriaga y el puente de Bolueta.

Pero no convenía a Moriones dejar a su espalda los carlistas dominando la Rioja alavesa y el Ebro por aquella parte, con su cuartel general en La Guardia, que conserva mejoradas las fortificaciones que la hacían plaza de armas en el siglo XII, y dirigió el 30 a su conquista, abriendo en seguida brecha; acercó los cañones a 500 metros y las guerrillas a 300, se ha producido el incendio de varias casas y en la noche del 1.º capituló la guarnición, como no podía menos, rindiendo las armas.

### IV

En Cataluña no ha habido ningún encuentro notable desde nuestra anterior Revista, aunque los carlistas han pretendido de nuevo atacar a Cervera y a Manresa, notable población la primera por sus ilustrados recuerdos, y por su riqueza industrial la segunda: han atacado a Santa Coloma de Farnés, pero no pudieron vencer la resistencia de sus valientes defensores; y aunque han ocupado algunos pueblos desguarnecidos, lo ha sido momentáneamente, evitando siempre el encuentro de las columnas perseguidoras, aun cuando sean estas inferiores en número.

Codician a Olot, cuya guarnición sabe resistir aunque lleven los carlistas sus cañoncitos, y como el objeto que parece se proponen há mucho tiempo los carlistas, es proveerse de recursos, habiéndolo hecho ya en los pueblos pequeños, necesitan los de las grandes poblaciones. Y que de ellos no están muy sobrados, lo prueba esta canción, que se va generalizando entre los carlistas catalanes:

«Si avuy no'ns pagan  
ni demà tampoch,  
cuant la tropa vingui  
non li farem foeli (1).»

El brigadier Salamanca, que ha mostrado actividad, después de perseguir a los carlistas de la provincia de Tarragona, arrojándoles a la derecha del Ebro, al saber que se fortificaban en Gandesa, la heroica ciudad que en la pasada guerra adquirió ese título, y no pudo ser dominada por aquellos, cayó sobre ella al amanecer del 1.º, la tomó por asalto después de tres horas de fuego, y los carlistas

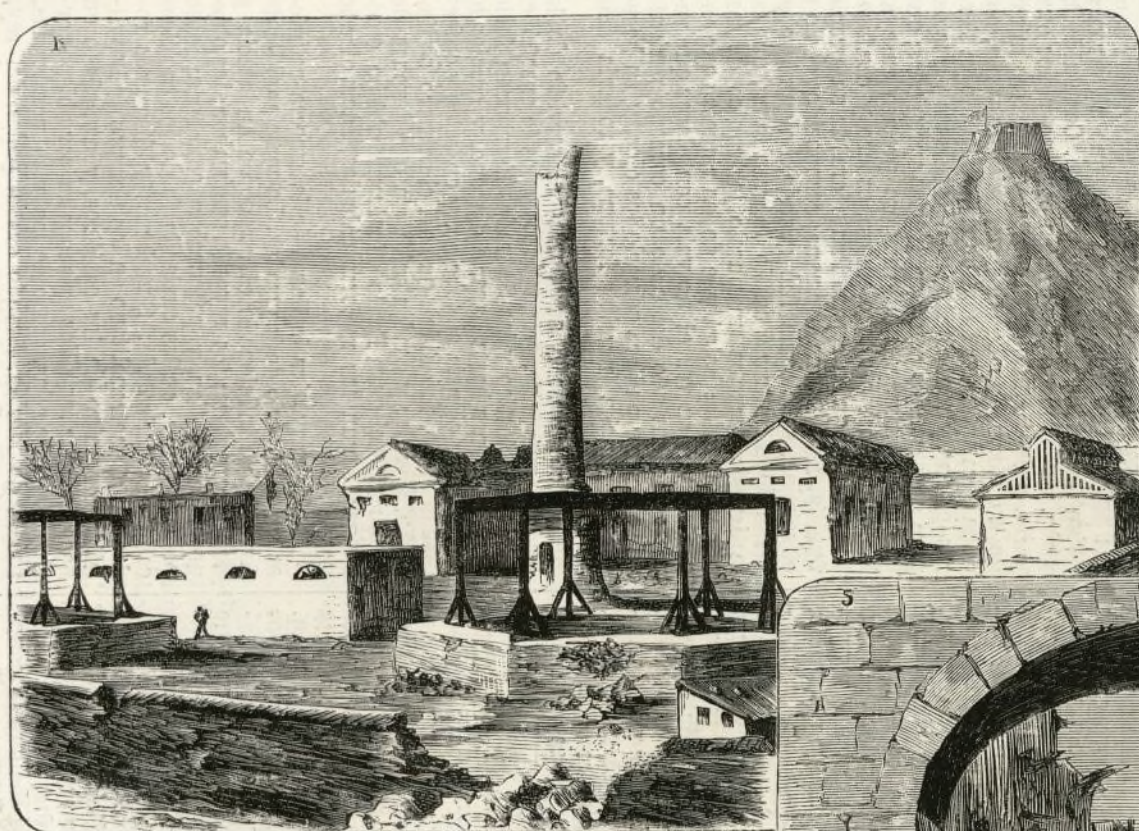
(1) Si hoy no nos pagan  
ni mañana tampoco,  
cuando venga la tropa  
no la haremos fuego.





SARRIÁ: EPISODIOS DEL 8 DE ENERO





CARTAGENA: ASPECTO DE LA POBLACION

1. Fábrica del Gas.—2. Calle de Villalva.—3. Interior de un salon en casa de la señora viuda de Angosto.—4. Casas del barrio de San Roque.—5. Calle de San Vicente



han sufrido un gran descalabro, contando entre los 22 muertos al jefe Basquetas, y entre los 67 prisioneros, Piñol, Mañero, Subirás, Mascareta y Agramunt.

## V

Formado el ejército del Centro, emprendió sus operaciones desde Valencia, haciendo en Liria su primera etapa, á cuatro leguas del punto de partida.

Los carlistas, que en respetable número se habían reunido en Segorbe y sus inmediaciones, bajaron unos á la plana de Castellon, corriéndose por la costa, y Santés por el extremo opuesto hacia Chelva, parecía ponerse en observacion de su contrario y tener á la mano la provincia de Cuenca para internarse en su serranía en caso necesario. Lopez Dominguez situaba en tanto una brigada en Albacete, y ya fuera por esto, ó por convenir á los carlistas reconcentrarse, volvieron á hacerlo en las inmediaciones de Segorbe, temiendo que el ejército liberal se dirigiera por la derecha de Liria al camino de la costa. Pero Lopez Dominguez siguió su iniciado movimiento, y camino arriba llegó á Villar del Arzobispo pocas horas después de salir Santés, y continuó á Chelva, cuya direccion habia tomado el carlista, mediando corta distancia entre ambos contendientes.

Si el carlista no rehuye el combate, ocasion tiene de aceptar el que le ofrece su joven adversario, y aun escoger puede las posiciones, que las ofrece Chelva y las hay tambien allí inmediatas; pero no quiso aceptar el reto, se limitó á poner algunos obstáculos á la marcha del ejército liberal á la derecha del Guadalaviar, se cambiaron algunos tiros, venció Lopez Dominguez cuantas resistencias se le opusieron, y continuó su movimiento de avance. Léjos de esperarle el carlista, corrióse hacia Levante á unirse con Vallés, Palacios y Cucala, guarecidos en las escabrosidades de Onda, adonde se dirigia la brigada Guardia.

## VI

La fortuna, que no habia abandonado á don Manuel Marco en sus excursiones hasta Caspe por un lado, corriéndose el Ebro arriba hasta no muy léjos de Zaragoza, y por otro lado trasponiendo la sierra de Molina para internarse en la provincia de Guadalajara, aumentando en todas su gente y sus recursos, le acaba de volver la espalda donde más le sonriera ántes, y cerca de Molina, en Checa, ha sido batido por la columna del coronel Navarro, contando éste con la cuarta parte de fuerza.

De valer han sido las ventajas obtenidas; pero las consecuencias han valido más á la causa liberal, por lo que se han fraccionado los carlistas, arrojando bastantes las armas para ir á esconderse ó presentarse á solicitar indulto.

Si la escasez de fuerzas liberales no hubiera sido obstáculo para situar una columna, por pequeña que fuese, en la sierra de Molina, por donde necesariamente habian de pasar y han pasado los fugitivos restos de la gente de Marco, pocos llegan á su centro de operaciones, al Campo de Bello, que es donde nació y ha formado su numerosa partida don Manuel Marco. Era el que más gente habia reunido, y el golpe que acaba de sufrir no puede menos de ser funesto para todos los carlistas que operan en el Maestrazgo, que no están por cierto hábilmente dirigidos.

Carecen de la debida organizacion y de un jefe que sepa armonizar las voluntades de todos y esté á la altura de las circunstancias.

A. PIRALA.

## REPÚBLICA CÓRDOBESA-GÓTICA (1)

Ofrecimos dedicar á la memoria de Paulo, obispo de Mérida en el tiempo de los godos, un artículo, y vamos á cumplir nuestra promesa. Nació tan ilustre varon en Grecia, y Paulo Diácono, su historiador, omite el pueblo donde nació y el motivo que le impelió para venir á España de tan remotas tierras. Tal vez vino con los ejércitos del emperador Justiniano, cuando reclamó su ayuda el rey Recesvinto; tal vez del Africa, ó tal vez de Francia, que en una parte y en otra habia copia de soldados griegos; pero la verdad se ha ocultado hasta ahora á nuestras investigaciones, aunque sea Paulo un varon insigne, obispo metropolitano de Mérida, y favorecido del cielo, segun el biógrafo ya citado, por continuos milagros.

(1) Véase el núm. 1.º de LA ILUSTRACION UNIVERSAL.

Lo que sí sabemos, es que los griegos de la tierra de Paulo tenían frecuente trato y comercio con los habitantes de los pueblos del bajo Gudiana, y quizás para esto vino á Mérida, donde fué un hombre notable; y en cuya ciudad, segun parece, se fijó como profesor de medicina y cirugía, arte que cultivó con esmero, llegando á alcanzar tal renombre, que hasta de Castilla le buscaban para implorar su auxilio, que dispensaba por caridad, pues aunque destinado á ser un opulento señor, enriqueciéndose con la medicina, aún no habia llegado la ocasion de salir de la pobreza que le perseguia sin piedad.

Floreció Paulo en virtud y santidad, y sus prendas espirituales eran superiores y aventajaban á las dotes de seglar, hasta el punto de ser acatado y respetado como varon justo, ó como santo varon, teniendo opinion de santo, y como tal querido del pueblo; que en aquellos tiempos de guerra religiosa, los ánimos andaban enardecidos, las pasiones eran violentas, y el fanatismo en último grado huía de los términos medios, y dominaba por completo las creencias, los pensamientos y la conducta de los hombres, dando á aquella sociedad un tinte de intolerancia y exclusivismo algo parecido al que hoy tiene la sociedad de nuestros dias, aunque por diverso motivo.

Llegó a faltar por aquel tiempo el obispo Antonino, y eligió Dios á Paulo obispo emeritense: tal es la frase que emplea el historiador, el otro Paulo Diácono: *Eligente Domino, ordinatus est episcopus*.

Esta expresion indica la creencia popular de algun prodigio, de algun acontecimiento sobrenatural, de los que ocurrían ó parecían ocurrir en aquellos tiempos remotos, como la voz de un ángel, la entrada en la iglesia en los mismos momentos de la eleccion, u otro accidente de los que los cristianos tomaban por aviso del cielo para la eleccion de los obispos, que en los primeros siglos del cristianismo eran elegidos por el pueblo, y consagrados por los obispos sus compañeros. Paulo de seglar pasó á obispo, y fué tal su conducta, que estando la Iglesia dividida, y en guerra las varias parcialidades de los cristianos, infestada además de la herejía de Arrio y con la secta de Prisciliano, á poco tiempo logró unir las voluntades, de manera que lo que hasta entónces habia sido division y escándalo, se convirtió en paz, sosiego, armonía y deleite.

Sucedió por aquellos dias, que una señora de Mérida enfermó gravemente. La señora era de la raza de los conquistados, del pueblo vencido, oriunda de la nobleza romana más ilustre, y casada además con un prócer de la ciudad, de familia senatorial. Las riquezas de este magnate corrían parejas con su alcurnia: era el más rico de toda la provincia, y unido su caudal al de su esposa, constituían tal opulencia, que podia compararse con la de los Cresos y Luculos de los tiempos de la república. La enfermedad de la señora, si bien natural y nada extraña, por circunstancias especiales llegó á ser caso raro, difícil y peliagudo, sobre todo para el obispo, que como saben nuestros lectores habia ejercido, con gloria propia y utilidad de todos, el arte médico, gozando de gran fama por su rara y pasmosa habilidad. La señora, pues, padeció el infortunio de que se le muriese en el vientre una criatura que habia concebido. Muchos médicos habian acudido á salvar á la madre, que como gente tan rica, ni omitian gasto, ni perdonaban sacrificio. El caballero su marido estimaba la salud de la consorte sobre todo, porque la amaba tiernamente y estaban muy frescas las primeras finezas. Los médicos declararon el caso desesperado, y ellos impotentes para darle felice cima. La señora cada día se acercaba á la muerte. En tan angustiosa situacion, y conociendo el senador las entrañas paternales del metropolitano Paulo, acudió á su patrocinio, rogándole que, pues era ministro de Dios, le pidiese y alcanzase la salud de la enferma; ó que pues sabia el arte de la medicina, se dignase pasar en persona á curarla. El santo obispo contestó que no podia efectuar por sí la curacion; porque sus manos estaban consagradas, y en el santo servicio del altar; pero que en nombre de Dios visitaria la enferma, previniendo lo que se le alcanzase, para que otros médicos, siguiendo sus consejos y ateniéndose á su plan curativo, concluyesen la obra.

En tanto, la señora daba indicios de que la enfermedad que la molestaba terminaria pronto y funestamente, el peligro arreciaba, hasta la última esperanza se desvanecía; el caballero lo cono-

cia y apenas si podia contener las lágrimas, y rogaba y pedia al obispo lo sacase de aquel cuidado. Pero Paulo se resistía, y aunque los ministros de la Iglesia, de rodillas delante del prelado, le pedían fervorosamente sanase á la doliente, todavía se resistía por temor á los maldicientes y envidiosos, que de aquel acto caritativo habian de sacar partido en contra del obispo.—Nada menos que eso, gritaron todos á una; ninguno de nosotros dirá nada por ello;—y renovando la súplica, le sacaron la palabra, con tal que le dejasen tratar primero con Dios sobre la accion. A este fin pasó luego á la iglesia de Santa Eulalia, y postrado allí en oracion noche y dia, conoció la voluntad del Señor, pasó á casa de la enferma, oró, impuso las manos en nombre de Dios, y haciendo la operacion con maravillosa sutileza, salió el cuerpecillo del infante en partículas de carne ya corrompida.

Logró la señora, que estaba casi muerta, repentina sanidad; convirtiéronse en gozo los pesares, en alegrías la tristeza, quedando aquella casa llena de mil placeres, alabanzas de Dios y bendiciones. Hicieron los esposos inventario de todos sus bienes. Ya hemos dicho que eran muy cuantiosos, á punto que en toda la provincia no habia, por rico que fuese, quien llegara á la cuarta parte de los que ellos poseían. Dieron al obispo la mitad, dejándolo por heredero de todo lo demás á su fallecimiento. Con tales dádivas, los pobres de Mérida se hicieron ricos, porque el prelado se consideró como el conducto por donde de una mano opulenta pasaron los bienes á los menesterosos.

Enriquecido de esta suerte el obispo, los bienes donados y heredados sobrepujaban con creces á los que tenia la iglesia, y creció su fama de limosnero y caritativo, hasta el punto de semejar por tales virtudes á los de los primeros cristianos, que se despojaban hasta de lo más necesario para aumentar el caudal de la comunidad naciente, é igualaban las condiciones de todos, llegando de esta suerte á la *igualdad y fraternidad*, palabras de que sin duda por insolente irrisión hacen vano alarde los reformadores del dia.

Dijimos al empezar, que los griegos mantenían un vivo comercio con la parte de España que cae hacia el Occidente, y en prueba de ello, acaeció que en vida de Paulo llegaron un dia mercaderes y traficantes griegos, los cuales se presentaron al metropolitano ansiosos de conocer á un varon tan eminente, cuya fama habia llegado hasta las remotas tierras del Oriente, y más, que al varon á quien iban á visitar era su paisano. Concluida la visita y recibidas las albricias por una y por otra parte, reparó Paulo en el porte y reflexivo mirar de un joven que con los negociantes venia, sin duda para aprender su industria, visitando ya tierras lejanas, y conociendo sus necesidades y gustos, para satisfacerlos con mercaderías apropiadas; que en aquellos tiempos antiguos era preciso ensayar la fortuna por ser todo nuevo, oscuro y confuso. El joven en quien reparó Paulo era de su propia familia, hijo de una hermana; reconocidos el tío y el sobrino, su alegría fué grande, holgándose el joven de encontrar á un tío de gran fama, que en la iglesia ocupaba un puesto jerárquico de tan alta nombradía; holgábase de las riquezas que encontró; y á su vez el tío veía con placer que venia como enviado del cielo un cercano pariente que al morir pudiera cerrarle los ojos, y su heredero de aquella increíble fortuna, y todavía más de sus virtudes y fama.

Dedicó Paulo á su sobrino al servicio de la iglesia, tonsuróle, y en pocos años le enseñó el oficio eclesiástico y las Sagradas Escrituras; fuéle dando órdenes hasta hacerle diácono, y creciendo en virtud y ciencia el sobrino, y en vejez y enfermedad el tío, fué Fidel, que así el primero se llamaba, auxiliar y coadjutor, hasta que despues de la muerte del gran Paulo eligiéronle obispo emeritense, segun los mejores cálculos, hacia el año de 560.

Ardia muy viva la llama de la guerra religiosa en el imperio de los godos. La mala semilla de Arrio habia inficionado el campo de Andalucía y de Extremadura; los reyes la sembraban, los obispos la combatían y procuraban estirparla; hubo persecuciones, en las cuales la fe de los católicos salió más acrisolada. Sinsabores y disgustos rodeaban al metropolitano en los tiempos de Leovigildo, enemigo de los católicos, y empeñado en hacer ocupar las sillas episcopales por obispos arrianos. Entre ellas, como de las más nombradas, fué la de Mérida. Grande era el poder del rey,



mayor su ira; aventajado como guerrero, hubiera pasado á la posteridad como un gran rey, si abjurando en la herejía de Arrio, hubiera imitado, años ántes, la conducta de su hijo Recaredo años después. Mas por el tiempo de que hablamos, principios del siglo VII y últimos del VI, la persecucion era incesante, la actitud provocativa, la insolencia de los judíos mayor que nunca; y esta guerra de los herejes, esta justa defensa de los católicos, es lo que constituye el hecho culminante de la historia en aquel tiempo. Extrémense los procedimientos por ámbas parcialidades; hasta la Providencia toma parte con frecuentes milagros en las cosas humanas; llenas están las crónicas de estos casos sobrenaturales; la historia es una leyenda. Larga sería la lista, difícil el contar todos los que Dios quiso hacer por medio de su siervo Masona. Era éste un obispo digno de aquel siglo, célebre por su santidad y letras, que anuló á los Isidoros y Ambrosios, y aventajó á los del mediodía de las Gálias por su heroica defensa de la fe católica. Combatió al intruso que le impuso el rey, le venció en cerrado certámen; sus razones no tuvieron respuesta: confuso el intruso, se retiró de la iglesia de santa Eulalia, donde á presencia de todo el pueblo sufrió una completa derrota. Dios protegía visiblemente su causa. Leovigildo murió; el triunfo de la Iglesia estaba proximo; la sangre de Hermenegildo daba el más abundante fruto. Recaredo sube al trono, y nuevo Constantino, proclama la religion católica por única religion del imperio de los godos.

A. BENAVIDES.

## GRABADOS DE ESTE NÚMERO

SUCESOS DE SARRIÁ: DEFENSA DE UNA BARRICADA; EPISODIOS DEL 8 DE ENERO (Véanse páginas 65 y 68).—Nuestros lectores saben que á consecuencia del golpe de Estado del 3 de Enero, los republicanos de algunas provincias se presentaron en actitud rebelde al nuevo Gobierno de la nación, dando lugar á combates, que ensangrentaron las calles de Valladolid y Zaragoza. Vencidas estas insurrecciones, parecia que ya el partido intransigente habia renunciado á toda intentona, cuando en la mañana del día 8, dos batallones de francos formados en Cataluña para perseguir á los carlistas, se sublevaron á las órdenes de su jefe Martí (a) *Xich de la Parraqueta*, en el pueblo de Sans cerca de Barcelona, y tomaron posiciones en dicho pueblo y en Sarriá, sin duda para favorecer un movimiento en la capital. El general Turon, que mandaba en jefe las tropas del Principado, envió algunas compañías á batir á los de Sans, que eran los menos temibles, y se dirigió en persona contra los de Sarriá, donde el movimiento aparecia más amenazador. Los sublevados, que contaban con unos 1400 hombres, agueridos por más de un año de campaña, se aprestaron á la defensa, valiéndose de todos los medios que se usan en semejantes casos, y comenzó el ataque. De uno y otro lado se dieron grandes pruebas de valor, y por fin la victoria se decidió por las tropas del Gobierno. Los grabados que publicamos representan el primero la defensa de una barricada, y el de la página 68 diferentes episodios de aquellos sucesos, que nos envió sin pérdida de tiempo nuestro activo correspondiente artístico de Barcelona.

CARTAGENA: ASPECTO DE LA POBLACION (Véase página 69).—Por las viñetas de esta página pueden formar nuestros lectores una idea del estado lamentable en que han quedado la mayor parte de las calles y casas de la ciudad, después del terrible sitio que acaba de sufrir. Por todas partes escombros, ruinas, desolacion, muebles rotos, fortunas labradas á fuerza de años y desvelos, destruidas en un minuto. ¡Quiera Dios que nunca tengamos que volver á llenar las columnas de nuestro periódico con cuadros semejantes!

LOS INDIVIDUOS DEL PODER EJECUTIVO DE LA REPÚBLICA (Véase pág. 72).—Este grabado no necesita explicacion, pues el epigrafe lo dice todo, y los personajes tratados son tan conocidos, que es inútil fatigar á nuestros lectores con noticias biográficas que todos saben.

UNA CALLE DE ÁVILA (Véase pág. 73).—La ciudad de

Ávila es una de las que en España conservan más su carácter de antigüedad, como puede comprender á primera vista el que se fije en el grabado á que nos referimos. Nada tenemos que decir acerca de la ejecucion de este trabajo, admirablemente dibujado por el señor Galofre; pero podemos dar á nuestros lectores la agradable noticia de que es el primero de una serie de dibujos del mismo señor, tomados del natural en varias provincias, que formarán una coleccion curiosísima y de gran mérito artístico.

LA FRAGATA NUMANCIA DE REGRESO Á CARTAGENA, CONVOYADA POR LA VICTORIA Y LA CÁRMEN (Véase página 76).—Muchos años han de pasar ántes de que los españoles olvidemos los desastres á que ha dado lugar la insurreccion cantonal recientemente vencida. El mejor de los buques de que se habian apoderado los rebeldes, era tambien el más poderoso, y por desgracia el que tenia una historia más gloriosa entre los de nuestra escuadra. La fragata *Numancia*, que el inmortal Mendez Nuñez llevó al Pacifico y mandó en el combate del Callao el 2 de Mayo de 1866, el primer buque blindado que habia dado la vuelta al mundo, cosa que los inteligentes tenian por un problema de difícil solucion, y el que hasta por su nombre era mirado con legitimo orgullo por los españoles. Los insurrectos se valieron de él para sus expediciones piráticas, y les ha servido hasta para su fuga, gracias á la resistencia de su blindaje y á sus condiciones marineras, que lo hacen muy superior á todos los de su clase. Entregado á las autoridades francesas de Orán, fué devuelto por éstas al Gobierno español, y nuestro grabado lo representa en su navegacion hácia la patria que lo habia hecho construir para su honor y su defensa, no para su ruina y su deshonra, á las cuales ha contribuido en poder de los cantonales.

SAVALLS Y SU GENTE (Véase pág. 77).—Uno de los más notables entre los cabecillas carlistas, es el catalan don Francisco Savalls. Hombre de valor, inteligencia y un celo religioso que raya en fanatismo, habia tomado parte en algunas intentonas de su partido, y se hallaba emigrado cuando la guerra de Italia y la politica de Víctor Manuel, planteando el problema de la unidad italiana, obligaron á Pio IX á organizar un pequeño ejército, en el cual figuró Savalls como teniente de zuavos. Cuando el rey de Italia, aprovechando la forzosa evacuacion de Roma por las tropas francesas en 1870, se apoderó de la capital del órbe católico, Savalls tomó parte en la lucha, no muy sangrienta ni empeñada, que precedió á aquel suceso, y luego vino á Cataluña, donde permaneció tranquilo, hasta que en Mayo de 1871 el anciano cabecilla Castells levantó en la provincia de Girona la bandera de don Carlos. Savalls se unió desde luego á las fuerzas carlistas, muy escasas entónces, y habiendo obtenido el empleo de brigadier, no tardó en distinguirse como uno de los cabecillas más audaces y afortunados. Sus correrías le han hecho temible á las poblaciones abiertas ó poco defendidas; ha burlado la persecucion de diferentes columnas; ha tenido innumerables encuentros, no siempre desfavorables para él, y si no ha conseguido organizar fuerzas importantes, se debe sin duda al carácter especial de las facciones de Cataluña. Los periódicos, y hasta la *Gaceta*, le han dado por muerto varias veces, y muchísimas por completamente derrotado. Sin embargo, á los pocos dias ha vuelto á aparecer á la cabeza de sus guerrilleros, dando en señal de su existencia algun audaz golpe de mano. El grabado á que nos referimos representa al citado jefe con algunos hombres de su partida, y da una idea exacta de estos aventureros, que desde hace más de dos años están ensangrentando el suelo de la patria.

LA TUMBA DE WASHINGTON (Véase pág. 77).—El nombre del fundador de la república de los Estados-Unidos, es objeto de culto, no sólo entre los americanos, sino en general entre todos los republicanos del mundo. En efecto, ya se le considere como militar, ya como hombre de Estado, Jorge Washington es uno de esos personajes que descuellan en el género humano. Por eso hemos creído que nuestros lectores verian con gusto el grabado que representa su tumba, inserto en el presente número.

## EL MANCO DE LEPANTO

EPISODIO DE LA VIDA

DE

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA

POR

D. Manuel Fernandez y Gonzalez

(Continuacion)

Agradecida os estoy, señor, con toda mi alma, por la benevolencia con que habeis venido á que yo os diga lo que no puedo ménos de deciros, y es, que no sé yo por qué causa la Inquisicion, que amo, respeto y venero, ha venido, no á honrar mi casa, sino á traer á ella el juicio engañado de la vecindad, que sin duda ha creído que yo no soy tan buena y católica cristiana como tengo la ventura de serlo, y obedientísima hija de nuestra Santa Madre Iglesia.

Comidose habia con los ojos á doña Guiomar, mientras dijo las anteriores palabras, el señor Ginés de Sepúlveda, y comiéndosela áun, y atragantado por el hechizo de tantas y tan no vistas bellezas como en doña Guiomar se atesoraban, dijo con la voz temblorosa y desfallecida y espantado de sí mismo: Deber es del Santo Oficio de la General Inquisicion, contra la herética pravedad extremar su celo, y tanto más en los calamitosos tiempos en que las naciones más poderosas del mundo amparan la herejía, engañados y perdidos sus monarcas por Satanás; que la Alemania y la Inglaterra hierven en herejes, y aquí nos vemos obligados á hacer cada auto de fe que espanta, y sin que este saludable rigor sea bastante para purgarnos de la maldita simiente; así es que, señora, como esta casa que vos habeis comprado y habitais tenia duende... Interrumpiéndole doña Guiomar, y con muestras de sobresalto le dijo: ¿Duende decís que tenia esta casa? Por ello estuvo muchos años deshabitada, respondió el señor Ginés de Sepúlveda; y si vos que, por ser forastera, no lo sabiais, no la hubierades comprado y habitado, sin habitar estaria áun, y seguiría deshabitada por los siglos de los siglos amen.

Creian entonces en los duendes como se creia en los artículos de fe, y por creer en ellos doña Guiomar, imaginósela que tal vez, no el hombre que amaba en carne y hueso era el que se la habia aparecido en su retrete, sino una apariencia de él, tomada por algun duende maligno; y espantóse y parecióla que detrás de cada tapicería se movia un duende travieso, y que las figuras de los lienzo que las paredes poblaban tomaban extrañas y espantables cataduras, y que de todos los ángulos de la sala surgian trasgos y fantasmas; y como tenia la imaginacion muy viva, porque era andaluza, venida de las Indias, asustóse de tal modo, que al familiar se asió como si hubiera creído que, agarrándose á una parte de la Inquisicion, por exigua y mezquina que fuese, á ella no se atreverian duendes, trasgos, ni espectros. Aconteció al señor Ginés de Sepúlveda, cuando las suaves manos de doña Guiomar asieron las suyas y sus ojos se fijaron espantados en sus ojos, que creyó que de él se apoderaba el diablo; espantóse muy mucho más que doña Guiomar, y aturdióse, y sin saber cómo, no encontrando otra cosa de que ampararse, amparóse del mismo peligro que le espantaba; es decir, que se abrazó á doña Guiomar, y de tal manera, que no parecia sino naufrago que, llevado por las furiosas olas, con una tabla se encuentra y á ella se agarra.

¿Quién pudiera decir lo que pasó por ámbos cuando en aquel abrazo, tan súbita é inopinadamente sobrevenido, se encontraron enlazados? Parecióle á doña Guiomar el señor Ginés de Sepúlveda, cuando le vió tan cerca, más feo y pavoroso que todos los duendes y vestiglos habidos y por haber, y rechazóle; y él, cuando hubo sentido las corpóreas bellezas de doña Guiomar, y alentado la ambrosia de su aliento, no defendió ya su alma del demonio, sino que, cayendo en la tentacion y olvidándose de sus votos (que como ya se dijo, aunque seglar, de castidad habia pronunciado), y siendo valiente por la primera vez de su vida, volteándole los ojillos grises, y todo contraído y perturbado, dijo: ¡Amor!... ¡amor!... ¡yo te reconozco y te adoro! ¡Alma mía, que te pierdes, perdóname, porque te fenezco en otra alma, que ya, sin ser yo poderoso á evitarlo, es el alma mía! Pero ¿qué es lo que estais diciendo, hombre, dijo doña Guiomar, que me parece que os habeis vuelto loco? ¿De qué alma hablais, que decís que es vuestra alma? Si por ventura el alma que decís





LOS INDIVIDUOS DEL PODER EJECUTIVO DE LA REPÚBLICA

1. Duque de la Torre.—2. Sr. Sagasta.—3. General Zavala.—4. Contralmirante Topete.—5. Sr. Echegaray.—6. Sr. García Ruiz.—7. Sr. Mosquera.  
8. Sr. Balaguer.—9. Sr. Martos

Ayuntamiento de Madrid





UNA CALLE DE ÁVILA



es el alma mía, ved que os engañais, que yo no os la doy, ni mi alma puede irse á vos sin que yo lo quiera.

A todo esto, doña Guiomar se había separado á una buena distancia del familiar, y parecía como que éste empezaba á volver en sí, y á arrepentirse de haberse dejado ir de aquella manera por los para él desconocidos espacios del amor. Doña Guiomar estaba toda encendida é indignada, y le miraba fosca: como que aún la parecía sentir el apretón de unos brazos que la cenian, y ver dos ojos que, como los de un lobo hambriento, la miraban.

Perdonadme, señora, dijo el familiar, que yo creo que los duendes de esta casa maldita se han metido en mí, y me han obligado á hacer y decir contra mi voluntad lo que he hecho y dicho; pero ya veis que á la razón vuelvo, que respetuoso os hablo, que humillado perdon os pido; y el que esta influencia infernal que me ha dominado no haya persistido, consiste en que yo llevo conmigo un preservativo contra toda hechicería y maleficio, y esos demonios familiares, que se llaman vulgarmente duendes, han huido lanzados por la virtud de ese bendito preservativo. ¿Preservativo teneis contra diablos familiares? dijo doña Guiomar. Sí, señora, contestó el señor Ginés de Sepúlveda, y ese preservativo es la medalla, que con la cruz dominica, que como sabéis es la cruz de la Inquisición, llevo pendiente de este cordón sobre el pecho. De suerte, que si yo llevara pendiente de la garganta esa medalla, libre de duendes estaría, dijo doña Guiomar. Y no sólo vos, respondió Ginés de Sepúlveda, sino vuestra casa y las otras casas adonde fuéredes, como todo lugar en que os encontráredes. Pues mirad, dijo doña Guiomar; si me dais esa milagrosa medalla, os perdono el abrazo que tan sin licencia mía, y tan contra mi voluntad y mi pudor, me habéis dado; que en Dios y en mi ánima, este es el primer abrazo de hombre que he sentido. ¿Pues qué, no sois vos viuda, señora, preguntó admirado el familiar? Padre fué, que no marido para mí, el buen esposo mío cuya muerte lloro, respondió tristemente doña Guiomar.

Atragantóse el familiar cuando, por la propia confesión de los rosados labios de doña Guiomar, reconoció en la ya bastantemente preciada persona que le volvía el seso un atractivo más, que era el de ser doncella, no embargante lo de viuda, que bien puede ser esto, aunque rara vez suceda y haya de ponerse muy en duda; pero de tal manera lo había dicho doña Guiomar, y con tal y tan ruboroso embarazo, que había que creerlo, y creyólo el señor Ginés de Sepúlveda, y el corazón se le volvió de arriba abajo, y atragantóse, y de tal manera, que se estuvo bien cinco minutos sin decir palabra, y mirando espantado á la hermosa indiana, ni más ni menos que si en ella hubiera tenido delante esa ave fénix de la que todos hablan y ninguno ha visto; porque en doncella moza puede con no mucha dificultad creerse; pero creer en doncella viuda, era ya cosa recia. Y este espanto del familiar no era por que le pareciese mentirosa doña Guiomar, que él la hubiera creído aunque ella le hubiera dicho que no había venido al mundo por medio de mujer, sino caída de una estrella; pero espantábase el ver que su castidad se iba más y más desmoronándose y deshaciéndose, y que el diablillo del amor con más y más fuerza le abrasaba el alma.

Sabe Dios cuánto tiempo hubiera estado silencioso y como sujeto á un encanto, si ella, repuesta del trabajo que la había costado aquella su extraña confesión, no le hubiera dicho: Sólo hay una manera, señor mío, para que yo os perdone vuestro atrevimiento, y es que puesto que, según decís, esa medalla que pendiente de ese cordón lleváis sobre el pecho es un preservativo contra los demonios, ya sean ó no sean familiares, y contra toda casta de espíritus foletos y malditos, me la entreguéis, para que yo pueda quedar esta noche sin morir de miedo en mi casa; que mañana será otro día, y ya buscaré yo vivienda en que acomodarme, donde no haya habido nunca, ni duende, ni trago, ni fantasma, ni alma en pena, ni cosa que en mil leguas al otro mundo huelga. No ya la medalla del Santo Oficio os daría yo, y tenebela, señora mía, dijo todo amor y todo rendimiento el familiar, sino el alma, aunque supiera que os la daba para que me la perdiérais. No por Dios, dijo doña Guiomar, tomando la medalla que el familiar la daba y poniéndosela al cuello, que no quiero yo que por mí seais idólatra y os condeneis; tanto más, cuanto que yo no

podría corresponderos, porque aborrezco el amor, principio y causa de todas las malas aventuras que á la mujer le avienen; y porque es ya tarde y el sueño me pesa en los ojos, y porque veo que la Santa Inquisición está ya, en vos, convencida de que yo aliento buena y vieja sangre católica, apostólica, romana, sin que haya en ella la más mínima partícula no limpia, ruégoo os vayais, y si quisiéreis volver á verme, lugar habrá en hora no tan incómoda y más conveniente para mi recato.

Levantóse doña Guiomar como manifestando con la acción añadida á la palabra que el familiar sería muy discreto si se iba cuanto antes, y el pobre hombre, mirando con ansia y todo aturrido á doña Guiomar, besóla la mano y fué, llegando hasta la puerta de espaldas, por no volverla á doña Guiomar, no se sabe si por verla algún tiempo más ó por respeto. Incendióse con gran acatamiento cuando hubo llegado á la mampara, y luego esta se abrió y se cerró, desapareciendo el familiar, con lo cual doña Guiomar se volvió presurosa, y sin miedo á los duendes por la milagrosa medalla que llevaba al cuello, á su retrete, donde, como se ha dicho, y en un cuarto que á él daba, había dejado encerrado al su desconocido amante, que la tenía tan sin vida.

## IV

## En que se sabe quién era el incógnito amante de doña Guiomar

Trémula la mano, alborotado el corazón, encendido el bello semblante y turbados los divinos ojos, doña Guiomar abrió la puerta del cuarto, y dijo con la voz tan turbada que apenas si se la oía: ¡Eh, caballero, salid si os place, yo os lo ruego! A cuyas palabras sólo respondió el silencio, como si nadie hubiera habido en el cuarto, que ya se ha dicho estaba oscuro como boca de lobo.

Vínosela otra vez á las mientes á la bella viuda, que aquel en quien había creído ver á la dichosa persona que la enamoraba, no había sido un hombre, sino un duende, que había tomado aquella apariencia para burlarla y atormentarla, y que, á causa de llevar ella la santa medalla del Santo Oficio, el duende había huido; pero oyó á punto uno como resuello ríco de persona que duerme, que allá de lo hondo del oscuro cuarto salía, cosa que doña Guiomar sintió más que si en efecto su enamorado se hubiese tornado en humo y desaparecido; porque quien de tal y tan sosegada y profunda manera se había dormido, cuando ella le había dicho que la esperase, no debía ser muy extremado en amar; que ella sabía muy bien, y á causa del mismo, que el amor desvela, y tanto más cuanto se está más cerca del objeto amado, y en términos de duda y esperanza.

Llamó al dormido ya con más fuerza y aún con enojo la hermosa indiana, y á poco se oyó un bostezo, luego pasos, y al fin apareció el incógnito, con los ojos cargados aún de sueño y con todas las muestras de que en lo mejor de él se le había interrumpido; y como doña Guiomar cuando le sintió que se acercaba se hubiese ido á un canapé, ó escaño que allí había, y se hubiese sentado, él tomó una silla baja que encontró al paso, y fué á sentarse junto á doña Guiomar, tocando su falda, y de tal manera que no parecía sino que hacía un siglo eran amantes, y con un desenfado tal, que aunque sin dar en la descortesía, parecía mostrar la confianza que él tenía en ser amado, si es que ya no lo era, y con toda el alma; mirábase él con codicia, aunque sin irreverencia, y ella le contemplaba asombrada por lo que en él veía, que harto claro se mostraba en sus ojos; y ni el uno ni el otro decían una palabra, y ella se turbaba más y más, y más y más se la encendía el enojado tal vez, y tal vez amoroso semblante, y él lo conocía, y de tal manera, que más y más ruborosa se mostraba ella, y más y más confusa. Dijo ella, en fin, que era muy extraña cosa que un hombre que, como él, de tal manera se había entrado en su casa amparándose de la justicia, y que decía que por ella se había puesto en tal trabajo, y que la había dado música, y tan amorosos y encendidos versos la había cantado, viniese á dormirse como si ningún cuidado le inquietase, como hubiera podido dormirse en su casa: á lo que él respondió mirándola amorosísimamente, que tantas noches había pasado en vela atormentado por sus amores, y tan desesperado y triste, que no había que admirarse de que cuando al fin lucía para su amor el sol de la esperanza, descansado hubiese en alguna manera de su trabajo. ¿Y quién os ha dicho, exclamó ella, que yo os amo, ni en amaros

piense, ni para vos me haya criado, ni al cabo la dureza de mí para el amor se haya deshecho? Dícenmelo, respondió él, vuestros divinos ojos, que en vano de mí se apartan para no verme, porque con más afición y más encendidos rayos de amor, ¿qué digo? de gloria, á mirarme tornan: dícenmelo vuestro hermoso seno, que los amantes latidos de vuestro corazón mueven; dícenmelo vuestra voz enamorada, que en vano pretende remedar al enojo; dícenmelo, en fin, mi deseo, señora mía, porque si vos no me amáis, tormento insoportable sería para mí la desesperada memoria de vuestra adorada imagen, muere mi vida, infierno mi esperanza. Paso, paso, señor mío, exclamó la enamorada indiana, queriendo en vano que no saliese á su boca en una sonrisa de contento su alma, y á sus ojos en un volcán; que si seguís así, creeré que mentís, que no puede llegarse á un tal rendimiento de amor tan de súbito y por una mujer apenas vista, y por la primera vez de amores requerida; y luego, que yo tengo para mí, aunque puede ser que me engañe, porque yo de amores no entiendo, ni he querido entender nunca, que el amor para ser sublimado ha menester de todo punto ser correspondido. Mucho pudiera yo decir sobre esto, repuso él; pero aquejame haceros una pregunta sobre lo que acabais de decir, de que no entendeis de amores, ni entender de ellos habeis querido nunca. ¿Pues no decíais vos en vuestro soneto, repuso ella, que vuestra alma había sido hasta ahora hielo para el amor? ¿por qué, pues, os maravilla que hielo haya sido hasta ahora, y que aún lo sea para el fuego amoroso el corazón mío? Casada fuisteis, señora, dijo con tristeza el galán, y para amargura mía, que las venturas concedidas á otro, aunque pasadas y lícitas, y aún santificadas por el matrimonio, dardos son de celos, y ponzoña de despecho para el que bien ama y ser quisiera el único en el amor de la que adora. En nundos discursos os metéis, y no sé qué os diga, ni qué deje de deciros, contestó doña Guiomar, bajando los ojos y poniéndose muy más colorada que otras veces; y tanto más cuanto que no sé á quién hablo. De buenos y honrados padres vengo, señora, respondió él; hidalgo soy; Alcalá es mi patria; cursé en las aulas de su famosa universidad; tiróme la afición á las armas, y muy más el amor á las letras; soldado soy, y á poeta aspiro por mi desgracia, porque la poesía es sueño que devora el alma y la finge lo que no existe, y en los espacios imaginarios la pierde; Miguel de Cervantes Saavedra me llamo, y vuestro esclavo soy. ¿Miguel de Cervantes Saavedra sois vos? exclamó con encarecimiento doña Guiomar; pues por ahí andan en unos papeles impresos los versos que se recitan en casa de Arquijo por todos los buenos ingenios de Sevilla, y entre ellos haylos, y no de los peores, que según el papel, han sido compuestos por vos. Si yo hubiera podido creer, dijo Cervantes, que los pobres versos míos habían de ir á tan hermosas manos, puede ser bien que el deseo de contentaros hubiera sido inspiración que los hiciese dignos de Píndaro; ¿pero qué poesía quereis que haya sin amor, y cuando sólo se escribe para ejercitar el ingenio? ¿Y sin amor vivíais cuando esos versos compusisteis? pues ó no me amais como decís, ó me amais desde muy poco tiempo, que há ocho días se vendía el papel nuevo, y versos vuestros había en él. Desde que perdí el corazón en el cielo de vuestras perfecciones, señora, dijo Cervantes, de tal manera he ansiado, tanto he dudado, tan grande la desdicha de mi amor he creído, que no he tenido alma ni vida más que para ansiar y temer, y buscaros y entreveros, apareciendo con el alba, tornándoos á vuestra casa á panto que el sol salía menos que vos hermoso; y todo era en mí sobresalto y congoja, y afán y miedo; que ante vos no quería mostrarme, por no ver el desden en vuestros ojos, hasta que no pudiendo más, y desesperado y loco, á daros música vine, y á deciros ese triste soneto, que en su poco valer bien muestra que las musas están enojadas conmigo, al verse por vos, á causa del grande amor que os tengo, por mí desdenadas y olvidadas; bien que si vos, como me lo hace creer el deseo, me amais, ¿qué vale el laurel de Apolo comparado con la gloria de teneros mía?

Responder quiso doña Guiomar, pero desfalleció la voz en su garganta; sus ojos se posaron, exhalando un dulce fuego, en el venturoso amante; suspiró luego tan hondamente como si el suspiro hubiera salido de lo recóndito de sus entrañas, y luego dijo: Pues que Miguel de Cervantes sois, y antes de conoceros yo había conocido en vuestros





versos vuestra alma, y estimádola había por ellos, quiero contaros mi historia, y por ella vereis claramente cómo, habiendo sido casada y con buen marido, amor no conocí, ni conozco, como no sea amor esto que me tiene hablando con vos y á deshora en mi aposento; que para ampararos en el aprieto en que os veis, no era menester que yo os hiciese compañía; y amor debe ser este, porque habeis de saber que no sabía yo que hubiese cosa que vencer pudiese la fuerza de mi recato, y á él falto hablando con vos á solas, y á tal hora; y si esto no es amor, no sé lo que ello sea; amor es, ¿quién lo duda, cuando ocultarlo no puedo, y si os lo niego más os lo afirmo, y vencida y enamorada os lo confieso? Pero si creéis que ese amor mío ha de ser parte para que yo me olvide de mi honra, á la menor señal que en mi desdoro hagáis, morirá mi amor para que ocupe su lugar el desprecio. A lo cual contestó él con esta cuarteta, que se salió sola y sin licencia suya de su enamorado pensamiento:

Amores que son del alma  
hacen callar los sentidos;  
que en verse correspondidos  
alcanzan su mejor palma.

Así os quiero, señor mío, contestó ella, y por que veais cuánto en vos confío y cuánta es la estimación en que os tengo, para que sepais bien quién soy, os voy á contar mi historia; eso si no es que os aqueje el sueño, que si tal fuese, mi doncella Florela, que es discreta, os llevaría á un aposento donde pudiérais reposar seguro. ¡Ah! no me castigéis, dijo él, por aquel impertinente sueño mío en que me encontrásteis; y empezá, mi dulce señora, que con vida y alma os escucho.

Quedóse ella por algún tiempo pensativa y como dudando, y luego empezó de esta manera.

(Se continuará.)

## NO HAY FORTUNA

El hombre no quiere confesar nunca que tiene la culpa de sus contratiempos.

Su amor propio padecería demasiado si tuviera que decir que todo lo que le sale mal está mal hecho, ó tal vez no hubiera debido hacerlo.

Para sacar á salvo su vanidad, ha inventado la fortuna; para poderla llamar veleidosa, la ha hecho mujer; y para explicar satisfactoriamente lo que llama sus injusticias, la supone ciega.

Y sin embargo, no es ni injusta ni veleidosa. Ó por mejor decir, no existe.

Generalmente los que se llaman afortunados no son más que hombres que se han dedicado á hacer aquello para que sirven.

En este caso, la fortuna viene á ser el conocimiento de sí mismo.

Si se acepta esta definición, tengo que borrar el epígrafe de este artículo y ponerle fin inmediatamente.

Pero yo sé que serán pocos los que la acepten, y eso me decide á manchar unas cuantas cuartillas.

He lanzado una idea, y necesito demostrar que es exacta.

Venid acá, desgraciados de todos los tiempos: ¿pensáis que el banquero H, á quien han bastado pocos años para ganar un capital inmenso, lo debe á eso que llamais fortuna?

Ya creo escuchar la respuesta afirmativa de todos los que no tienen un cuarto; y en verdad, se necesita valor para replicarles que se engañan, y que los millones que parecen afluir á la caja del feliz mortal á quien envidian, van allí arrastrados por el talento.

Es muy comun decir que los hombres que ganan mucho dinero son tontos ó ignorantes, con lo cual los que no lo ganan tienen el consuelo de imaginarse listos y sabios.

Si lo fueran, verdaderamente comprenderían que el banquero en cuestión podrá no tener talento para escribir un drama ó pronunciar un discurso; pero tiene el de la especulación, posee la ciencia del negocio, y no necesita otra.

Pero el hombre, por regla general, no se contenta con hacer lo que puede.

Hay alguno que hubiera sido un gran tendero de ultramarinos, y se empeña en escribir una comedia.

Supongamos que la escribe á fuerza de traba-

jos, que logra verla representada, lo cual es difícil, y silbada como es casi seguro.

¿Puede llamar á esto una desgracia? Lo que hay es un error, que consiste en haberse metido á hacer una cosa para la cual la naturaleza no le había dado facultades.

Los que se llaman desgraciados en amor, tienen buen cuidado de echar toda la culpa á las mujeres.

Á darles crédito, son frívolas, coquetas, y no gustan más que de los tontos.

Sentado este principio, fácilmente se consuela un sábio de sus derrotas.

Pero aquí volvemos á decir lo que decíamos del banquero.

Esos tontos tienen el talento de agradar, que si no sirve para otra cosa, sirve para llegar al corazón de las mujeres.

Lo que se cree fortuna, no es más que la consecuencia lógica, natural, inevitable, de una aptitud bien dirigida.

Y ya que de mujeres hablamos, hemos de decir algo acerca del matrimonio.

¿Cuántos maridos hay desgraciados!

Pero ¿cuántos hay que hayan estudiado la ciencia del matrimonio?

Y ¿quieren ser profesores sin haber aprendido ni los rudimentos?

¿Qué insensatez!

La comparación de una mujer con un instrumento de música, es muy vulgar; pero tan exacta, que no podemos prescindir de ella.

Ahora bien; poned en mis manos el violín de Monasterio, y sólo producirá sonidos desagradables. Dádselo al gran artista, y vereis que alternativamente llora ó rie, canta ó suspira, como si dentro de aquella caja hubiera un alma.

Y el violín es el mismo. Aquellos tesoros de armonía, aquellos raudales de pasión, aquel sentimiento indescriptible, no lo lleva Monasterio en el bolsillo, ni siquiera en la mano. No, todo eso está allí, pero es necesario saber sacarlo. Es el resultado de un estudio profundo, de un verdadero amor, de una especie de asimilación entre el instrumento y el artista.

El uno conoce todos los recursos del otro, sabe los medios de hacerle hablar, ha estudiado hasta sus defectos, y saca partido de ellos.

¿Hay muchos hombres que puedan decir otro tanto de sus mujeres?

Y si no las estudian, si no las conocen, ¿á quién sino á sí mismos han de echar la culpa de lo que llaman sus desgracias?

Cualquiera piensa que después de bailar algunos rigodones con una muchacha, declararla su amor, pedirle á sus padres, hacerla magníficos regalos de boda, llevarla al altar é instalarla en su casa, no le queda nada que hacer.

Maridos, creed á un soltero que ya va siendo veterano, y puede saber de vuestras desgracias algo más que vosotros mismos.

Estudiad á vuestras mujeres, si no quereis que las estudie otro.

Pero hay muchos á quienes asustará esta idea. Ellos tienen negocios, carreras, ocupaciones, placeres, asuntos graves en que ocuparse, y no les queda tiempo que dedicar al estudio.

Así discurren la mayor parte.

Porque el hombre es tan original, que pasa toda su vida estudiando matemáticas para ser ingeniero, leyes para ser abogado ó mecánica para ser industrial; pero no quiere consagrar algunas horas á estudiar á su mujer para ser feliz.

Esto lo saben todos los solteros que navegan en corso por los mares del matrimonio, y no se quejan ciertamente del abandono de los maridos.

¿A quién pueden estos echar la culpa?

¿A sus mujeres?

¿A la fortuna?

¿No sería más justo echársela á sí mismos?

Indudablemente, pero también sería más desagradable.

La conclusión es siempre la misma.

Nadie quiere decir: «Yo no soy rico, porque Dios no me ha dado el talento de ganar dinero;»

«Me han silbado una comedia, porque no sé escribirla;

«Las mujeres no me aman, porque no tengo el don de agradarlas;

«Soy un marido ridículo, porque no he estudiado á mi esposa.»

Y todos dicen más lacónica, pero también más inexactamente: «Soy desgraciado.»

Y hé aquí cómo la fortuna ó la desgracia, que son dos cosas que de tal modo se completan que casi llegan á no formar más que una sola, llevan la culpa de todo, y nosotros nos quedamos tan satisfechos.

Pero es lo cierto, que á poco que se piense en ello, verá cada cual que los afortunados son los que hacen lo que pueden y lo hacen como deben.

Se dirá que en tal caso la fortuna consiste en conocerse; pero es que casi todos los hombres se conocen, y su vanidad les impide confesarlo para poder engalanarse con cualidades que saben que no tienen.

Para engañar mejor á los demás, comienzan por engañarse á sí mismos, y generalmente no engañan á nadie.

Si Milton se hubiera dedicado á la gimnasia y Leotard á escribir versos, las almas delicadas no podrían extasiarse leyendo *El Paraíso Perdido*, ni los aficionados á ver que un hombre hace todo lo posible por matarse sin conseguirlo, se hubiesen estremecido de entusiasmo viendo el ejercicio de los tres trapezios.

Felizmente, el poeta inglés y el gimnasta americano comprendieron sus aptitudes, y se dedicaron á escribir el uno y á volar el otro.

Antes de concluir, debemos decir algo á otros que se llaman desgraciados, porque las cosas dan los resultados que deben dar lógicamente.

Un gran poeta, por ejemplo, se queja de no enriquecerse.

Es verdad, los versos no dan millones.

Pero dan otras cosas. No todo se ha de pagar en la misma moneda.

Nadie tiene noticia de quiénes eran los capitalistas del siglo XVII, y ninguno ignora quién era Cervantes.

Si aquellos no disputan á éste sus aplausos, ¿con qué derecho éste les disputaría su dinero?

Los goces materiales son el premio de los unos.

La inmortalidad, la recompensa del otro.

¿Puede tenerse por desgracia ser autor del *Quijote*?

Dejamos la respuesta á todas las almas elevadas.

R. ZAMORA Y CABALLERO.

## FOSFORESCENCIA DEL MAR

### RELATO DE VIAJE

Habíamos llegado á Panamá, en el vapor que hace la travesía entre este punto y el Callao.

De los muchos pasajeros con quienes íbamos, escogieron mis simpatías un señor norte-americano llamado Mr. Allen, tipo perfecto de la raza *yankee*.

De mediana estatura, robusta constitución, temperamento sanguíneo y afabilísimo carácter, Mr. Allen era un compañero de viaje que no le hubiera podido imaginar más á propósito mi deseo.

Caracterizábanle unos ojos pardos, pequeños y muy vivos, una constante y franca sonrisa, y el llevar la cara afeitada y sin más apéndice piloso que una larga perilla, con lo que parecía un *chivo parlante*, dicho sea sin ofenderle en lo más mínimo.

Gustaba yo de oírle hablar de su país con el patriótico entusiasmo de un verdadero descendiente del gran Washington, héroe más grande para él que Alejandro y César.

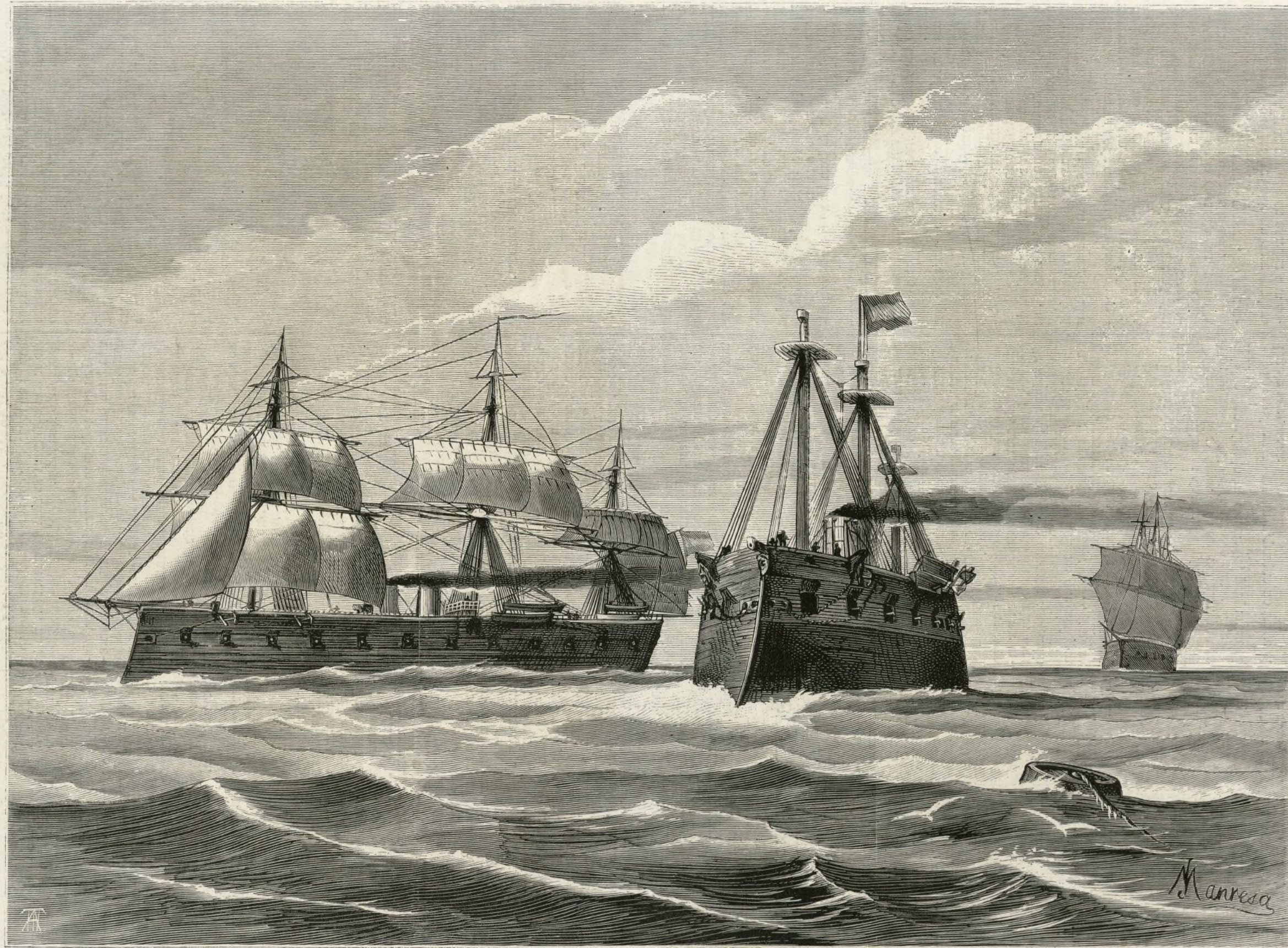
Como conversábamos en inglés, me servían de aprendizaje de este idioma nuestras conferencias, y á más de gran provecho en todo, porque Mr. Allen de todo sabía, y sus largos viajes le habían hecho conocer los usos, costumbres y particularidades de muchos y diversos países.

Llegamos, según he dicho, á Panamá, y el mismo día atravesamos por el ferro-carril el istmo que une á las Américas, hallándonos á las seis horas en Colon ó Aspinwall.

Es esta una población pequeña, construida en gran parte sobre postes de hierro y madera que entran en el mar.

Tiene todo el carácter *yankee*, aunque pertenece al Es





LA FRAGATA NUMANCIA DE REGRESO Á CARTAGENA, CONVOYADA POR LA VICTORIA Y LA CÁRMEN





SAVALLS Y SU GENTE



LA TUMBA DE WASHINGTON (DE NUESTRO CORRESPONSAL)  
Ayuntamiento de Madrid



tado panameño, y es porque la mayor parte de las ligeras y elegantes casas que la constituyen son obra de los norteamericanos, que fueron al istmo á construir la mencionada vía férrea, y van hoy de paso entre los mares Atlántico y Pacífico.

Los americanos de raza española, ó sea los dueños *in nomine* del país, llaman á este pueblo Colon, en honra al gran genovés que descubrió aquellas regiones; los de raza anglo-sajona, los yankees, los dueños *in facto* del istmo, le denominan Aspinwall, apellido del hombre emprendedor y osado á quien se debe el camino de hierro panameño.

Alojámonos en la fonda llamada *Aspinwall's Hotel*, y Mr. Allen se vino con nosotros.

Era amigo del capitán del puerto, y á esta circunstancia debí uno de los más agradables momentos que he pasado en América.

A la hora de comer nos dió la grata sorpresa de anunciarnos para aquella noche un paseo por el mar en el bote de la capitania.

Llegada la hora, hechos los preparativos de *merienda*, que consistían en ricas y succulentas piñas, empapadas en no ménos rico Jerez seco, nos fuimos hácia el muelle y nos embarcamos en el bote, tripulado por ocho robustos remeros.

Era serena la noche, aunque no clara, porque como dijo nuestro gran Cervantes:

«La luna estaba en el cielo, puesto que no en parte donde pudiese ser vista, que tal vez la señora Diana se va á pasear á los antípodas, dejando los montes negros y los valles oscuros.»

Hasta que nos vimos tan lejos del puerto que á la débil claridad de las estrellas, reflejadas por su inmenso y líquido espejo, no percibíamos otro horizonte que la línea divisoria entre el cielo y agua, y áun eso confusamente; hasta este momento, digo, no supe el verdadero espectáculo que íbamos á presenciar.

Parecióme de pronto que nuestro barco andaba por entre llamas azuladas y rojizas, que saltaban de la quilla como relámpagos.

Millares de millares de estrellas pequeñísimas rodeaban nuestra embarcación y bordaban de luminosos encajes la estela que en nuestro movimiento producíamos, multiplicándose, reuniéndose, agrupándose, para formar un vastísimo campo de fuego.

Las olas que azotaban los costados del bote, rompiéndose en caprichosos girones, semejabán un bordado y argentino velo, con los blancos y luminosos reflejos de la plata.

Y las gotas de agua, al azotar los remos en acompasado movimiento la líquida superficie, y escurrir cuando estaban en alto, parecían otros tantos peces de viva lumbre, que huían unos de otros, se perseguían, se chocaban, para volver al depósito común, y saltar, y saltar de nuevo.

¿Habeis notado, cuando en una habitación oscura se frotan fósforos, cómo la superficie donde se verifica el frotamiento, y áun los dedos mismos, se iluminan con raro y particular fulgor?

Pues esto, multiplicado en una extensión inmensa, y heroseado con la grandeza del grandor, como dice el autor de *Los seis velos*, era lo que yo estaba contemplando absorto y embebecido.

Ya que á mi sabor hube gustado de aquel nocturno y gratísimo espectáculo, quise,—y este es natural empeño en el hombre,—conocer la causa de aquel fenómeno.

Pregunté á mi Mentor Mr. Allen, y éste satisfizo mi curiosidad en los siguientes ó parecidos términos:

—El fenómeno que ha visto usted se llama *fosforescencia*, y se observa, no sólo en estos mares, sino en la India, en el golfo de Suecia, el de Arabia y otros puntos.

En los mares tropicales es común, y le han observado y estudiado muchos y entendidos viajeros.

Dos causas producen este fenómeno.

Una es la inmensa, incalculable abundancia de animalillos fosforescentes, que tienen unos 15 centímetros de largo y están constituidos por una materia gelatinosa y luciente.

Son estos animales, que brillan con luz propia, unos *zoófitos*, esto es, unos seres medio animales, medio plantas, seres que constituyen el lazo de unión entre los dos grandes grupos del reino orgánico, entre el animal y el vegetal.

Emiten un fluido luminoso, en tal manera susceptible de expansión, que cuando nadan van dejando por la superficie del agua rastros brillantísimos.

Uno de los más notables de entre estos animalillos, es

una especie de *Pyrosoma*, saco mucoso de una pulgada de largo, que sacado del agua y puesto sobre cubierta, emite tanta luz como un hierro ardiendo.

La fosforescencia del mar es debida también á otra causa, como he dicho ántes.

Cuando las materias que constituyen el organismo animal entran en putrefacción, presentan el fenómeno de la fosforescencia; y así es que los cuerpos de algunos peces, que después de algun tiempo de muertos se pudren, emiten en el mar un fulgor bastante intenso.

Aun en ciertos lagos se ve que la materia animal en descomposición, procedente de peces muertos y que flotan ó sobrenadan, produce á veces manchas oleaginosas fosforescentes.

En esto iba mi amigo Mr. Allen de su explicación, cuando los remeros viraron para evitar un escollo que les habia indicado la mayor cantidad de luz, ó más número de animalillos fosforescentes que en aquel punto se notaban.

—Esta es una ventaja,—me dijo Mr. Allen,—que presentan esos animalillos: indicar dónde están los escollos.

Sin pronunciar yo una palabra, absorto en grata meditación, me hallé á poco tiempo, sin ántes haberme apercibido de ello, en el muelle de Colon ó Aspinwall.

Al día siguiente salimos de allí con dirección á San Thomas, después de despedirme yo de mi amigo Mr. Allen, cuya práctica y agradable lección acerca de la fosforescencia del mar no olvidaré nunca.

ANGEL ÁVILES.

## CRÓNICA TEATRAL

Pocas líneas podemos dedicar hoy á esta sección. De la magia del Español *Las Manzanas de Oro*, que después de un mes de ensayo se ha puesto en escena entrando este número en ajuste, trataremos en el siguiente.

De la zarzuela *La Perla de Besalú*, representada una sola noche, por motivos fáciles de comprender, no debemos entrar en consideraciones extensas.

Negar que la obra está razonablemente escrita, sería absurdo; atribuirle importancia dramática, verosimilitud en los caracteres y en las situaciones, sería ocioso.

El público la recibió con visible desagrado, confirmando una vez más, que el arte escénico es un misterio; que no basta saber razonar perfectamente sobre él; que no basta ser un erudito ni un profundo conocedor de sus efectos y de sus recursos, para manejarlos con espontaneidad y maestría; sino que, por el contrario, la falta de verdadera inspiración y una gran *dosis* de conocimientos en el arte, determinan en ciertas ocasiones un cuadro convencional y *amanerado*, insuficiente para conmover á los espectadores y para persuadirlos de lo que se les quiere demostrar.

Sentimos de veras tener que emitir este juicio, tratándose de un escritor que ha llegado, con justicia, á los más distinguidos puestos en la literatura patria; pero si nuestro fallo es insuficiente, el de la pública opinión demuestra, que en todo, y más en la difícil carrera del que escribe para conmover á la multitud, existen diversas especialidades, y sólo el genio, y un genio privilegiado, las domina todas.

Respecto á otros estrenos, se anuncian dos obras en el teatro de Apolo, cuyos títulos son los siguientes: *Soltera, casada y viuda* y *Un grano de trigo*; original ésta de un joven escritor en el que se vinculan legítimas esperanzas.

Sabemos también que uno de nuestros más inspirados poetas está concluyendo una preciosa comedia, escrita expresamente para la señora Díez y los señores Catalina y Vico.

Poco podemos añadir. En la Zarzuela siguen representándose obras conocidas, cuya esmerada ejecución atrae al afortunado teatro á sus constantes favorecedores. En el Circo continúa siendo objeto de legítimos aplausos la eminente tiple señora Santa María; y el señor Obregon prepara, según se dice, para su beneficio, un nuevo drama lírico.

En suma: nada de nuevo, nada de notable al ménos, ha ocurrido en la semana transcurrida en ninguno de nuestros teatros.

Mucho se espera del *Grano de trigo*, y los que han tenido ocasión de oír su espontáneo y chispeante diálogo, no esperan ménos de la obra escrita *ad-hoc* para la señora Díez y los señores Catalina y Vico.

Por nuestra parte, aguardamos con ansia los resultados; anhelamos, en fin, una obra dramática que arranque del marasmo en que están á las empresas y al público;

no queremos adelantar juicios acerca del esperado estreno de *Las Manzanas de oro*, pero sin exponernos, podemos afirmar que esta obra, arreglo ó *derivación*, como mejor suene, de una *feerie*, no pertenece al género de las que han de levantar un ápice á la decaída escena española; lejos de ello, si una benéfica reacción no sucede á la pendiente irresistible en que nos hallamos hácia un realismo grosero, en breve la escena de Lope y de Calderon se convertirá en un cosmorama, más propio para distracción de *fámulas* y *párculos*, que para estudio y regocijo intelectual de gente que razone y sienta.

RAFAEL DE NIEVA.

## DEL POEMA DE «LAS TRES ROSAS»

### LA GRAN NOCHE LÚGUBRE

#### Elegía

#### I

Imágen de su madre á los veinte años,  
Rosaura, hija de Rosa,  
no murió con los mismos desengaños;  
mas, como ella, murió triste y hermosa.  
Poco feliz, como tan mal casada,  
fué la mujer más buena entre las buenas,  
y aunque al amor de Julio encadenada,  
derramó en torno suyo, siempre honrada,  
casta, noble y altiva,  
ejemplos de virtud á manos llenas;  
hasta que al fin, rompiendo sus cadenas,  
la muerte con amor, caritativa,  
la libró de la carga de sus penas.

#### II

Mujer tan infeliz como adorable,  
aunque era su virtud inquebrantable,  
su amor á Julio, de pureza lleno,  
fué inspirando al marido  
uno de esos rencores sin olvido  
que se arman del puñal y del veneno.  
Pero el esposo, á medias ofendido,  
alcanzó, más dichoso que temido,  
hacer en ella respetar su nombre,  
y la amó, aunque la amó sin esperanza  
de ser jamás querido.  
Muerta Rosaura, aún le quedó á aquel hombre  
un objeto en la vida: ¡la venganza!

#### III

Julio Montero, en tanto,  
fiel de Rosaura la memoria adora,  
pues si fué en vida su terrestre encanto,  
su dulce nombre le parece ahora,  
unido ya á la muerte, grande y santo.  
Y como él, además de su tristeza,  
es amor de los pies á la cabeza,  
todo el mundo repara  
que morirá por consunción de cierto,  
pues desde el día en que Rosaura ha muerto,  
su cara es el cadáver de una cara.  
Y aspirando, en su inmenso desconsuelo,  
á gozar á ella unido  
trasportes de la tierra allá en el cielo,  
aunque está inconsolable  
no pide al cielo olvido;  
pues como todo ser que se ha querido  
al morir se dilata en lo impalpable,  
su mal no tiene cura,  
porque, ausente su imágen hechicera,  
á la tumba bajando intacta y pura  
ya era más que una muerte una quimera.

Y como siempre el que ama está celoso,  
y aquel que está celoso es desgraciado,  
para hallar en la vida algun reposo,  
pensó en abrir con el mayor cuidado  
un hoyo en el rincón del cementerio,  
y el cuerpo de Rosaura, cariñoso,  
trasladar á aquel hoyo con misterio,  
y secreto dejar lo misterioso;  
y de su vida en el postrero día  
ser con ella enterrado, y de esta suerte,  
dormir por fin con la que más quería  
descansando en los brazos de la muerte.

#### IV

Cuando con gran misterio  
camina Julio á trasladar la muerta  
á otra tumba, que abierta  
tenía en un rincón del cementerio,  
torpes, volando, lúgubres gemían  
los pájaros nocturnos por el cielo,  
y rastreando amarillas por el suelo  
lucécillas de fósforo corrían.

Mas venciendo impasible,  
esas negras visiones  
que, aterrando á los bravos corazones,  
suele el miedo sacar de lo invisible,  
hácia la tumba de Rosaura avanza  
con pié seguro y cauteloso oído,  
aunque no había en torno un sólo ruido  
que no fuese un terror ó una esperanza;  
y á Rosaura exhumando, en el instante  
que descubrió con ansia verdadera





su rostro de alabastro,  
el color de aquel lívido semblante  
alumbró el cementerio, cual si fuera  
la luminosa palidez de un astro.

## V

Cuando Julio veía,  
á la espectral penumbra que salía  
de la lívida faz de aquella muerta,  
que su boca entreabierta  
respirar parecía,  
creyó su pensamiento  
que alguna hada, tal vez compadecida,  
tomándola, al morir, con mucho tiento  
en el sueño del último momento,  
se la llevó al sarcófago dormida;  
y acercando su boca,  
besar quiso su frente;  
mas viendo un crucifijo  
de su cuello pendiente,  
con la misma dulzura con que toca  
la golondrina el agua con sus alas,  
besó piadosamente  
con sus labios amantes  
el Cristo de marfil lleno de galas  
que tenía por lágrimas diamantes  
y sangre de rubies en la frente.

## VI

Coge en brazos la muerta,  
que estrecha convulsivo contra el pecho,  
y al caminar derecho  
hacia la tumba por su mano abierta,  
Blás (que en pérfido acecho  
con ojos de serpiente  
velaba oculto entre la sombra incierta)  
con expresion furiosa de alegría  
desenvaina un puñal, y de repente,  
clavándolo en el bulto que veía,  
de los brazos de Julio, derribada,  
cayó la pobre muerta asesinada;  
pues con tan mala suerte  
blandió el arma, furioso,  
que el marido celoso  
en su mujer apuñaló á la muerte.

## VII

Viendo Julio, al hallarse sorprendido,  
que es menester herir ó ser herido,  
hace frente, de cólera azulado,  
al vengativo esposo  
que le sigue, tornándose, celoso,  
blanco, rojo y después amoratado;  
y cuando Blas airado á Julio alcanza,  
uno del otro asidos,  
por todas sus potencias y sentidos  
respiran el placer de la venganza.

Sigue á un golpe mortal otro mas récio;  
la rabia los transporta hasta la fúria;  
se devuelven desprecio por desprecio,  
y es cada golpe una mortal injuria;  
la lucha, más que lucha, es un tanteo;  
se repelen, se abrazan, se sofocan,  
y cada vez que contra el suelo tocan  
adquieren nueva fuerza, como Anteo.

Se espian el marido y el amante,  
uno de ellos sagaz y otro siniestro,  
hasta que cae en el supremo instante  
sobre el hombre feroz el hombre diestro;  
pues el ciego marido  
hacia atrás impelido  
como una mole por el rayo herida,  
resbalando en la tierra removida,  
cayó de espaldas en la tumba abierta.  
Julio después, amontonando activo  
sobre él la tierra que á coger acierta,  
entierra al hombre vivo,  
dejando así sin enterrar la muerta.

## VIII

Después Julio, aterrado  
ante la inmensa atrocidad del hecho,  
viendo al vivo enterrado  
é insepulta á la muerta,  
tres veces hizo con la boca abierta  
el signo de la Cruz sobre su pecho.

Luego volvió los ojos espantado,  
con la mirada incierta,  
como un tigre enjaulado  
que busca para huir cualquiera puerta;  
pues ya era entonces su cuidado tanto,  
que creyó que la muerta se movía,  
y en su mortal quebranto  
con evidencia tal Julio creía  
que hacía si algún fluido la atraía,  
que á la salida del retiro santo  
ya fué miedo el cuidado que tenía,  
y el miedo al fin se convirtió en espanto;  
y huyendo de Rosaura y del marido,  
cuanto más presto corre, más se asombra,  
al notar que al huir se ve seguido  
de un sudario que andaba precedido  
de algo negro, más negro que la sombra.

## IX

Y al escapar, del miedo que sentía,  
cual teniendo alas en los pies volaba,

y el sudario arrastrando le seguía,  
y en su horror se fingía  
mil ruidos inauditos que escuchaba,  
mil cosas invisibles que veía;  
y cuanto más corría,  
viendo aquella blancura  
por una cosa negra arrebatada,  
dudando si existía ó no existía,  
pensaba en su locura  
si aquella forma pálida y oscura  
ya del mundo hasta el fin le seguiría,  
pues al cruzar por montes y laderas,  
la muerta parecía  
que tendiendo la mano, le decía:  
—«¡Siempre te seguiré; ve donde quieras!»—

## X

Y á un cielo que parece, aunque estrellado,  
de ceniza cubierto,  
viendo el campo desierto,  
y el desierto de espectros erizado,  
cual si á danzar surgieran á su lado  
las fantásticas mómas del Roberto,  
corre á campo traviesa, perseguido  
por cien deformidades misteriosas;  
y aunque sólo entrevé, desvanecido,  
los vagos lineamientos de las cosas,  
mira el cadáver que le sigue amante,  
y el bulto negro que entrevé delante  
lanzándole miradas horribles;  
y conforme le sigue, él huye y huye,  
y la tierra, entre tanto, rueda y rueda,  
y viendo cuanto en torno le circuye  
sumido en una lúgubre humareda,  
ya ver le parecía  
en un abismo el universo hundido;  
pues rendido, jadeante,  
viendo siempre delante  
el negro azul, la inmensidad sombría,  
es tal su estado de vision completa,  
que cree en su desvario  
que el mundo se ha volcado en el vacío,  
y que él pasó de un salto á otro planeta!

## XI

Aunque ya para Julio se convierte  
en vision lo visible y lo invisible,  
como siempre, invencible,  
aún flota en aquel caos de la muerte  
de su sér la conciencia insumergible,  
mira brillar un río, que parece  
un espejo de acero,  
que liquido ondulando fosforece,  
y arrebatado al fin Julio Montero,  
con varonil firmeza  
se echó aterrado al agua de cabeza.

Mas cuando ya indolente  
se dejaba arrastrar por la corriente,  
en medio de su horrible desvario  
sintió que le agarraba alguna cosa,  
y una mano invisible y poderosa  
le iba sacando con afán del río.

## XII

Volviendo Julio en sí pausadamente,  
se halló echado á la orilla del torrente;  
y estando ya de su razon seguro,  
á la margen del río, al pié de un cerro,  
de la noche y del agua al claro oscuro,  
entre la muerta y él mira su perro  
que fija en él tranquilas,  
pardas, cual las del buho, sus pupilas;  
y entonces se da cuenta poco á poco  
de que el perro, fielmente,  
á la muerta arrastrando hasta el torrente,  
fué volviendo á su dueño horriblemente  
feroz de miedo y de pavor loco.

Y repentinamente  
—«¿qué haré?»—se preguntó. Dudó un momento,  
y entrando en posesion de su existencia,  
pasó del pensamiento á la conciencia,  
después de la conciencia al pensamiento,  
y al fin, con la entereza del espanto  
echa el cadáver de Rosaura al río,  
y arrepentido ya de amarla tanto,  
más que en su cuerpo, en su alma siente frío.

## XIII

Avezado á su noble servidumbre  
*Titan*, el perro fiel de Terranova,  
echándose tras ella por costumbre,  
lucha por ver si al agua el cuerpo roba  
que su dueño arrojó sin pesadumbre;  
mas Julio, indiferente y alelado,  
que lo que antes amó, detesta ahora,  
sube al cerro empinado  
donde se sienta triste y casi llora.

Y allí puesto en alerta,  
y presumiendo que jamás sería  
la huella de su crimen descubierta,  
desde lo alto del cerro  
mira con alegría  
de Rosaura el entierro  
que en el agua va á hallar tumba sombría;  
y al perro y al cadáver contemplando,  
arrastrados los ve por la corriente  
que flotaban dejando

el rastro de una luz fosforescente;  
y con ojos abiertos  
por el terror desmesuradamente,  
ve al perro que, luchando sin descanso,  
ya hundiéndose en las aguas, ya subiendo,  
pide auxilio, gimiendo,  
hasta que al fin, del río en lo más manso,  
se cumplió su destino,  
pues al llegar á un pérfido remanso  
se los sorbió á los dos un remolino.

## XIV

Todo esto lo ve Julio desde el cerro  
con el cuerpo aterido, el alma yerta...  
Mucho más fiel que el hombre, el pobre perro  
ni siquiera al morir soltó á la muerta.

RAMON DE CAMPOAMOR.

## MODAS

## CRÓNICA SEMANAL

El carnaval ha sido en diferentes épocas el rey del universo, reflejándose en sus disfraces y comparsas, las costumbres, los tipos y las tendencias dominantes de los pueblos más ó menos civilizados.

Ligero y licencioso lo encontraremos en Francia; grave y pesado en Rusia; extraño y sin animacion ni vida en Inglaterra; sensual é insoportable en Alemania; apasionado, entusiasta, ruidoso y alegre en España y la risueña Italia.

El autor de *Fausto*, el poético Goethe, nos presenta el carnaval en Roma cual una verdadera maravilla, y por su parte, el escéptico Byron otorga preferencia al de Venecia.

La careta se remonta hasta el origen de la tragedia, pues que los actores griegos y romanos la usaban con distintos colores y formas, que hacian reconocer á cada personaje, y leyendo á Ciceron, encontraremos que el actor Roscins fué el primero que *tubo la audacia* de presentarse en público con el rostro descubierto.

La máscara se usaba tambien en la vecina Francia por el siglo XIV, y consignado está en las crónicas de las fiestas con que Paris celebró la llegada de Isabel de Baviera, si bien todavia no era costumbre general.

Cárlos VI, partidario entusiasta de torneos y diversiones, hizo se dieran bailes de máscara, y más tarde, en el reinado de Francisco I, adoptaron las damas la careta para que el viento no ajara y marchitara la frescura del cutis; en el reinado de Enrique III, aún llegó á ocupar el puesto de un accesorio importante para el tocador, pues que se colocaba sobre el rostro á fin de que le transmitiera la pomada y blanquete que interiormente tenía.

Las damas de la corte de Enrique IV el *Bearnés* llevaron su predileccion hasta el punto de quitarse sólo la máscara en su casa, pero interin no llegaba alguna visita, reservándose el privilegio de usarla sólo las señoras y galanes de la corte; pero más triste y austero Luis XIII, no prestó apoyo á las fiestas de carnaval ni á la careta, por lo cual poco á poco cayó en desuso.

El carnaval no es ya ni aún el pálido reflejo de lo que fué, y hasta en la clásica Italia ha perdido el verdadero carácter que le prestaba el general impulso, reducido hoy á vivir de la tradicion y á sostenerse más bien por la costumbre que por la iniciativa de la mayoria.

En nuestra España tambien le vemos triste y decaído, si bien los bailes de máscara se miran concurridos y son el centro de misteriosas aventuras, de ingeniosas invenciones y á veces de sérios compromisos. Verdad es que en vez de los caprichosos disfraces y de la gracia de bellisimos y seductores trajes, se ostentan elegantes capuchones, que si voz tuvieran, revelarían algunos episodios de la novela de la vida dignos de la pluma de un hábil novelista; poéticos é ideales en su mayor parte, pero sombríos y desgarradores algunos, como los pensamientos de Goya en los cuadros de la guerra.

El drama íntimo, ignorado, y que se desarrolla en un reducido círculo, tiene con frecuencia origen en las máscaras, y tal vez en ellas encuentra tristísimo desenlace; ó bien por una broma de carnaval empieza una aurora de ventura, un nuevo sol, para aquellos que al comprenderse enlazan sus corazones y su existencia; aún cuando los amores que nacen bajo el misterio de la careta, concluyen al juzgarse cada cual sin ella, y pasan como esos fugaces meteoros que aparecen en las ardientes tardes del verano.

Sin embargo de las ideas emitidas y que despierta en nosotros la proximidad del carnaval, no alcanzamos una edad aún que nos obligue á huir de los bailes, ni mucho menos á ser adustos y severos con nuestras lectoras, si á ellos asisten; por el contrario, la perspectiva de un salon con la variedad de los disfraces es encantadora, y nada más bello y poético.

El presente año promete ser animado, y ya podemos aconsejar algunos trajes de tanto capricho como de buen gusto.

Sencillo, pero de una poesia conmovedora, es un traje de *peregrina*, compuesto de una blusa de cachemir blanco, lisa, con cinturón y caídas en el delantero de seda azul, pendiendo á un costado una limosneta de piel con borlas y cordones azules; pelerina con capucha bordada con rizados de seda azul; lazo en el pecho y repetido el adorno en la capucha; conchas de piel adornan la pelerina; un gran bordon con lazos y conchas en el extremo, sostiene un cartel de seda blanco que dice: «Para los pobres»; lazo azul en el cabello; sombrero de paja blanca con bordes



azules, medio caído sobre la espalda: para jovencita es un traje encantador.

¿Qué es la gracia? un atractivo indefinible, misterioso, que no admite descripción, pero que se revela en los movimientos, en la manera de colocar una flor, en la elección de colores y modelos: pues bien; poderoso auxiliar es un disfraz elegante, que aconsejamos á nuestras lectoras, sobre todo si reúnen las condiciones de belleza y juventud.

Falda de terciopelo granate un poco corta, dejando ver una botita alta, también de terciopelo y del mismo color que el vestido; corpiño igual, escotado y sin mangas, pues éstas se forman con un ancho bullon de tul sobre seda blanca; cinturón de chapas doradas, cuyo adorno se repite en la falda á distancia de una cuarta del primero y el mismo rodea el escote, con broche en cada hombro, así como en el pecho; brazales de lo mismo; toca de terciopelo negro, sin más adorno que una estrella dorada al frente, y de la cual sale una *aigrette* blanca; collar de oro con colgantes; una pelerina de seda verde con pieles blancas, va sostenida en un hombro y cae al descuido por la espalda; peinado *Trovador*: este modelo tiene novedad y gracia.

Tanto para trajes de bailes cuanto de reuniones elegantes ó visitas, el ruso reina casi sin rival.

Para vestidos de sociedad, el color más bello y que realza más el tipo moreno ó de las rubias, es el blanco, armonizándole con lazos ó flores que corten bien; una jovencita vestida de blanco, es la expresión más real del candor y de la pureza, pareciéndose á las primeras alboradas de la primavera, la luz y la dulce paz de las risueñas ilusiones que se abriga á los quince años; ¡felices ensueños que con dificultad se realizan en toda su encantadora poesía!

El blanco en la mujer casada ó soltera, pero joven, es la distinción, el perfume de lo ideal, la poesía del pensamiento y del espíritu.

A pesar de lo dicho, bellísimos son los modelos que en diferentes puntos de color hemos admirado, aún no hace muchos días, en la camastilla de una joven bella y rica, extranjera.

Describamos dos únicamente: el primero era estilo *Médicis*, y se componía de una falda color violeta de Parma, con larguísima cola y cubierta por una túnica bullonada de gasa color malva muy claro; manga bullonada; corpiño de faya violeta con peto y escote cuadrado, con gola de encaje; peinado *Renacimiento*, adornado con una pluma malva.

El segundo debía lucirlo una encantadora criatura de quince años, y difícilmente podría desearse nada más elegante y juvenil.

La falda era de seda rosa con listas blancas muy estrechas y volantes de gasa con cabecilla de sedarosa; la túnica estilo Luis XV, en toda su pureza, también era de gasa blanca, con cinturón y caídas rosa; corpiño con escote cuadrado; manga corta con bullon de gasa y fichú de gasa; una rosa adornaba un lado del pecho y otra los cabellos: hé aquí hermanada la mayor sencillez con la más irreprochable elegancia.

Una cabellera bien peinada no requiere profusión de accesorios, y sobre todo, en el peinado *Renacimiento*, que hoy domina casi sin rival; una peineta, una *aigrette*, una flor, revelarán desde luego el buen gusto.

Para trajes de mañana, también se requiere todo el buen criterio para no recargar ni colores ni adornos, y menos ostentar peinados pretenciosos ni demasiado esmerados.

Un vestido de Biarritz con volantes y terciopelos; una túnica de lo mismo y un *dormant* negro con pieles ó azul oscuro, compondrá un traje propio de una señora, completándolo con manto de granadina lisa y velo de encajes. Para visitas de día, los vestidos negros con túnica de terciopelo adornada con faya, y sombrero de terciopelo negro con plumas negras y azules, negras y verde aceituna ó negras ó rosa, formará un modelo bellísimo; las golas son de rigor en todos los trajes, ya cerradas, ya abiertas en *fichú*, sean de color para sociedad, ó negras con tul blanco para calle, de la misma tela que el traje.

Una falda negra bullonada por detrás en el largo y con terciopelos negros y el delantero en bullones transversales y

porque las damas hasta aparecen con mayor dignidad, y sin perder en gracia, ganan en seductora distinción.

BARONESA DE WILSON.

## EXPLICACION DE LOS FIGURINES

### Grabados iluminados

I.—*Traje para baile*.—Primera falda de faya blanca con cola y volante ancho; túnica de tul drapeada, bullonada y guarnecida con tres bieses de faya verde, formando ondulaciones separadas por conchas de encaje, y en el centro rosas con follaje y capullos.

El encaje sube por ambos lados rodeando el puff y figurando escala, que se reproduce en el costado como á mitad de la falda, continuando al bies en el delantero.

Corselillo de faya verde con justillo guarnecido con encaje blanco; mangas de tul bullonadas.

Peinado elevado; corona de rosas y plumas blancas lo adornan.

II.—*Vestido para recibir ó para comida de etiqueta*.—Falda de faya Magenta guarnecida con un ancho volante de faya y bies de terciopelo negro, y un plegado en seda igual al vestido, con otro segundo de terciopelo.

Túnica de terciopelo, larga por detrás y con puff.

Corpiño figurando delantal por delante y postillon por detrás; lazo de terciopelo á un lado con caída que sale de la parte interior de la aldeta y cae recta.

Manga de codo con cetera formando punto: el adorno general del traje es bies Magenta de terciopelo y encaje negro.

### Modelos en negro

*Traje para recibir, destinado especialmente para señora mayor*.—

Vestido de faya: falda de cola guarnecida con dos volantes de terciopelo, separado el último del primero por tres encajes plegados, dos negros y uno blanco, en el centro.

El primer volante tiene cabeza, y está adornado con un encaje blanco y otro negro.

Túnica con tabla Watteau en la espalda, adornada con encaje negro y otro blanco, y recogida en los lados con cordones de pasamanería.

Manga de codo abierta y con adornos de terciopelo y encaje, formando de esto mismo la gola Felipe IV.

Velo de encaje negro, cruzado sobre el pecho y sujeto con un ramo de violetas.

Un lazo de terciopelo y violetas adorna el cabello.

Con el presente número recibirán los señores suscritores el figurín iluminado que les ofrecemos en el prospecto de LA ILUSTRACION UNIVERSAL.

MADRID: 1874

Imprenta de Astor hermanos  
Calle Cuesta de Ramen, número 3



Traje para recibir, destinado especialmente para señora mayor

encontrados, es de novedad y capricho, pues que en los modelos debe buscarse más bien aquello que, sin ser excéntrico, tampoco se asemeje á lo que use la generalidad. Las corbatitas venecianas son un accesorio indispensable, así como las agujas-espadas para los mantos ó velos.

Hoy en la moda preside la variedad, y sobre todo, la tendencia á presentarse en pleno siglo XIX tipos del tiempo de Felipe IV, primera y segunda época, María de Médicis, y retrocediendo más aún, vemos reproducir algunos que, severos y majestuosos, destierran por completo la ilusión del *puff* y de los recogidos.

Como belleza artística, como distinguida grandeza, desde luego preferimos la senda que viene siguiéndose,